CRECER





ICHIYŌ HIGUCHI

CRECER

Ichiyō higuchi

Crecer



Ichiyō Higuchi

Ichiyō Higuchi (seudónimo de Natsuko Higuchi) nació el 2 de mayo de 1872 en el barrio de Uchisaiwaichō, Tokio, Japón. Su imagen adorna el billete japonés de 5000 yenes; y, actualmente, es considerada como una de las escritoras más importantes del periodo Meiji y una de las primeras escritoras modernas de su país.

A la edad de catorce años empezó a estudiar poesía clásica en uno de los mejores conservatorios poéticos, el Haginoya; y, en 1892, decide convertirse en novelista para ayudar a su familia. Entre sus obras más importantes se encuentran *Umoregi* (1892), que marcó el inicio de su carrera, *Otsugomori* (1894), *Yukukumo* (1895), *Nigore* (1895), *Jūsan'ya* (1895), y *Takekurabe* (1896), en la cual resalta su estilo clásico, pero narrado desde una perspectiva fresca y muy cercana al lector. Sus protagonistas muestran la condición y el lugar que tenían durante una época donde no existía la igualdad.

Murió el 23 de noviembre de 1896, a la edad de 24 años, en Tokio, Japón.

Crecer
Ichiyō Higuchi

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuellar
Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

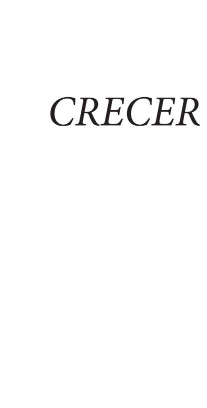
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



CRECER

CAPÍTULO 1

Cuando empiecen a recorrer el distrito se darán cuenta de que la distancia que hay hasta la Puerta Grande, donde se encuentra el «sauce de las despedidas» —cuyas finas y quebradizas ramas parece que amparan el regreso de los clientes rezagados—, se hace larga, muy larga. Las luces de las mancebías y de los burdeles quedan reflejadas en la superficie del Foso de los Dientes Negros, y el bullicio y risas que provienen del segundo piso de las majestuosas casas es tan palpable que parece estar al alcance de la mano. El constante ir y venir de los *jinrikishas*[1], tanto de día como de noche, sugiere que el negocio va viento en popa. Los vecinos de la zona se refieren a esta parte exterior del distrito como «enfrente del templo Daionji» y, aunque este topónimo tenga cierto aire budista, nadie osará poner en tela de juicio que, en realidad, se trata de una zona bastante animada.

No obstante, al volver la esquina del santuario Mishima no encontrarán opulentas construcciones, sino más bien hileras e hileras de diez o veinte habitaciones

1 *Rickshaw* o carruaje de un único pasajero tirado por un hombre.

de una sola estancia y de alerones combados. Salta a la vista que se trata de un barrio en el que los negocios no andan demasiado bien. Delante de las destartaladas puertas corredizas —muchas de ellas ya solo pueden cerrarse hasta la mitad—, los vecinos trabajan a destajo recortando papelitos en pequeñas formas estrambóticas y rocambolescas para, acto seguido, embadurnarlos con colores llamativos, clavarlos en una especie de pequeños rastrillos de bambú y rociarlos con unos pigmentos blanquecinos. Por su ímpetu y laboriosidad, estos comerciantes más bien podrían equipararse a los bailarines de la danza ritual del arroz. El paisaje que ofrecen estos rastrillos colgando de las partes traseras de las viviendas es, cuanto menos, pintoresco. Pero no se trata de algo aislado; no cuelgan de una o dos casas únicamente, sino que están por todas partes. Se toman todo el proceso muy en serio: al despuntar el día los sacan y cuelgan afuera para dejar secar la pintura, y cuando anochece vuelven a guardarlos dentro. Familias enteras —qué digo, ¡el barrio completo!— se dedican a esta inusual tarea.

—¿Y qué son esos objetos, exactamente?

—¿Cómo? ¿No lo sabes? Son los preparativos previos al Día del Gallo, que se celebra en noviembre. ¡Son amuletos *kumade*[2] de la suerte! Tendrías que ver a la gente el día del festival, andan como locos por hacerse con uno y llevarlo al santuario de Ōtori[3] para que se cumplan sus codiciosas plegarias. ¡Compran tantos amuletos que casi ni les caben en las manos!

Los comerciantes de toda la vida inician los preparativos de la manufactura de los amuletos desde principios de año, justo después de descolgar los ornamentos de pino de Año Nuevo de sus entradas, y se dedican en cuerpo y alma durante todo el año hasta que llega el día del festival. También hay quienes lo consideran un trabajo secundario para ganar un dinero extra y no empiezan a ponerse manos a la obra hasta el verano (de hecho, no es de extrañar ver a gente con los brazos y pies llenos de manchas de pintura en esa época). Todos y cada uno de ellos cuentan con que las ventas irán tan bien que podrán incluso permitirse nuevos kimonos

2 Literalmente, «garras de oso». Estos rastrillos de bambú se colocaban en forma de una corona floral, en cuyo centro y lados se encontraban diversos adornos para invocar la buena suerte.

3 Si bien había bastantes santuarios de Ōtori (literalmente, «el templo del Gran Gallo»), uno de los más importantes estaba emplazado cerca del distrito del placer de Yoshiwara, en la zona del templo Ryūge, donde transcurre esta historia.

para las vacaciones de Año Nuevo. Los comerciantes de la zona, sin excepción, repiten a pies juntillas los mismos cánticos y plegarias —«¡Oh, poderoso Ōtori! Si decide agraciar con una gran fortuna a aquellos que compran los amuletos, ¡no se olvide de aquellos que los confeccionan! ¡Apiádese de nosotros y ayúdenos a que nuestras ganancias se multipliquen por diez mil!»—, aunque esas oraciones acostumbran a caer en saco roto, pues no se sabe de casi nadie que haya hecho fortuna por estos lares.

Por lo general, la mayoría de gente que vive en esta zona está relacionada de un modo u otro con el distrito de placer Yoshiwara. El padre, por ejemplo, se dedica a hacer esto o lo otro en algún burdel de poca monta. Cuando empieza a anochecer y oye el ruido de las fichas de madera repiquetear en los armarios sabe que ha llegado la hora de trabajar[4]. Se echa el chaquetón de trabajo encima —cuando la mayoría de los hombres se lo quitan— y se pone en pie, haciendo ademán de salir de casa. Detrás de él, su esposa, como tantas otras, hace saltar chispas

4 Desde la antigüedad hasta nuestros días, en muchos locales japoneses, es obligatorio descalzarse en la entrada. Al cliente se le da una ficha de madera con el número del armario con cierre en el que deposita sus zapatos, para poder encontrarlos con facilidad al salir.

mediante dos pedernales encima de su marido para que le protejan de todo mal. Su rostro está contrito en una mueca de preocupación. ¿Será esta la última vez que vea a su esposo? Sus preocupaciones no son en vano, pues el lugar al que el hombre acude a trabajar es peligroso en extremo; puede verse involucrado en una riña dentro de algún local en la que un hombre, no contento con acabar con la vida de la cortesana a la que ama, decida matar también al personal, que no tiene la culpa de nada. ¡Y pobre de él si se le cruza por la mente desbaratar los planes de una cortesana y su amante, que han decidido de mutuo acuerdo poner fin a sus vidas! En ese tipo de ambientes hostiles, cualquier cosa puede salpicarle y acabar con su vida. Y pese al peligro que corre, día tras día, enfila el camino hacia el distrito del placer como si se tratara de un colegial yendo a un festival en pleno fervor primaveral.

¿Y sus hijas, dicen? Pues también están metidas en el mundillo. Esa jovencita de ahí es la sirvienta de una cortesana en uno de los burdeles más suntuosos; y esa otra de más allá se encarga de atraer la clientela hacia el local «No-sé-qué Shichiken». Blande con alegría el farolillo de papel que publicita su local mientras revolotea por las

calles dando brincos. Si bien esa es su actual ocupación, ¿qué será de ellas cuando su período de prueba finalice? Si les preguntas en qué se convertirán, lo más probable es que te respondan que en la cortesana de más renombre del país, tan maravillosa que solo flota entre las tarimas de los teatros más distinguidos. Y, entonces, un buen día se dará cuenta de que en menos de lo que canta un gallo ha arañado la treintena y se ha convertido en una mujer adulta, de aspecto pulcro, vestida con un refinado kimono y un chaquetón a conjunto de algodón azul marino con rayas rojas o azul celeste, a juego con unos *tabi*[5] del mismo azul marino. Sus sandalias con suela de cuero retumban con fuerza —corre atropelladamente, con prisas— y en los brazos lleva un fardito. Está muy claro qué hay en su interior, sobran las palabras. Alguien deja caer el puente levadizo que hay junto a la casa de té por encima del foso ante los insistentes repiqueteos de las sandalias de la mujer.

—Si iba por la Puerta Grande tenía que dar mucha vuelta… —Se excusa. Al final, por esta zona se la conoce, simple y llanamente, como «la que trabaja de costurera».

5 Los típicos calcetines japoneses, generalmente de color blanco, que suelen ponerse con los chanclos *geta* o *zōri*. Están tejidos de manera que el dedo gordo del pie va separado del resto de los otros cuatro dedos.

Aquí, las costumbres tienen poco o nada que ver con la vida ordinaria. Encontrarás pocas mujeres que lleven el lazo del *obi*[6] bien ceñido por detrás. Una cosa es ver a mujeres de cierta edad vestir kimonos de mal gusto y colores llamativos. Si les gusta vestir holgadas y en lugar de ceñirse el *obi* como toca prefieren llevarlo más suelto, allá ellas. Pero ¿qué me dicen de esas jovencitas de catorce o quince años que se pasean engalanadas con estridentes diseños como si fueran princesas y mastican con desfachatez las bayas del *alquequenje*[7]? Habrá gente que mirará para otro lado, pero la mayoría de las veces no lo hacen porque ya están acostumbradas: es algo de lo más habitual en el distrito.

Una cortesana que hasta hace unos días respondía al nombre artístico de una tal Murasaki (apelativo sacado, sin duda, de *La historia de Genji*) y que trabajaba en un burdel de tres al cuarto junto a la acequia, ha decidido, justo hoy, juntar fuerzas con un truhan de la zona y tirar adelante un pequeño tenderete nocturno especializado en brochetas de pollo. Pero, como ninguno de los dos

---

6 Especie de faja que se ata en la cintura por encima del kimono para que este no caiga.

7 Antiguamente, se decía que estas bayas tenían propiedades farmacéuticas, entre las que destacaban sus cualidades anticonceptivas, por lo que eran de uso común entre las cortesanas de la época.

tiene experiencia, el negocio no tardará en hacer aguas. Cuando la cortesana se quede más desplumada que los pollos de su negocio, empezará a anhelar su anterior oficio y decidirá, a todas luces, que ya será hora de regresar a su antiguo nido. De hecho, son estas las mujeres más veneradas por esos lares, muy por encima de las mujeres ordinarias o amas de casa del montón.

En septiembre, el distrito se engalana para el festival de otoño de Niwaka[8]. ¡Echen un vistazo a la calle principal! Observen cómo los niños parodian con gran destreza a Rohachi e imitan los ademanes de Eiki[9]. Es del todo evidente que el esfuerzo de esos niños ha dado sus frutos, ¡y de qué manera! La rapidez de su aprendizaje dejaría sin palabras a la mismísima madre de Mencio[10]. Como siempre hay alguien que les ríe las gracias, lo más probable es que esos chicos vuelvan a las andadas y repitan el recital esa misma noche. Y si creen que estos

---

8 Se trata del festival por excelencia del distrito de Yoshiwara, que tenía lugar en dos tandas: a principios y a finales de septiembre. En él, tanto las cortesanas como sus homólogos masculinos (llamados *hōkan*) danzaban por las calles, entre las casas de té y burdeles que frecuentaban a lo largo del año. Durante el festival, todo el distrito se engalanaba con sus mejores trajes y adornos.

9 Rohachi y Eiki eran dos *hōkan*, célebres también por sus imitaciones y actos cómicos.

10 Se dice que la madre del famoso filósofo confuciano Mencio (370 a. C.-289 a. C.) era una mujer que se preocupaba sobremanera por la buena educación de su hijo.

niños de seis o siete años son precoces para su edad, ¡esperen a que cumplan catorce y verán lo que es bueno! Los encontrarán canturreando con descaro las melodías en boga del distrito, ataviados con una toalla de baño encima de los hombros. ¡Esos sí que se las traen, de lo espabilados que son! En las escuelas de la zona, el reparto de canciones de una clase de música normal y corriente puede verse alterado y sustituido por la cantarela típica de los festivales («¡Guichonchón, guichonchón!»). El día del Festival Deportivo no será otra que *La canción del árbol* la que entonen los estudiantes, dándose aires de grandeza. Si bien la educación ya es una tarea difícil en circunstancias normales, imagínense por lo que deberán estar pasando los pobres profesores que se encargan de la enseñanza de estos chicos de la escuela de Ikueisha, cerca de Iriya. A pesar de tratarse de una escuela privada de poca monta, cuenta con casi mil alumnos. El recinto escolar es tan pequeño y estrecho que, si le echan un vistazo, tendrán la sensación de que no cabe ni una aguja de lo apretujados que están los estudiantes. Pero, pese a estas condiciones, el buen renombre del profesorado juega un gran papel en favor de estos chicos. Por esa zona, si alguien pregunta por «el colegio», todo el mundo le dirigirá hacia el Ikueisha.

Entre el ir y venir de niños, el hijo del bombero exclama:

—Mi padre se encarga de la caseta de vigilancia que hay junto al puentecillo de madera, ¿sabes? —Parece un experto en apagar fuegos, pese a que su padre aún no le ha instruido en la profesión—. Tiene que velar por las casas de té de su zona.

—¿Qué más da? ¡Seguro que has sido tú el que ha roto los picos de la valla de bambú que nos protegen de los ladrones! Estarías jugando a los bomberos y has intentado subir la valla como si fuera una escalera de incendios, ¿me equivoco? —refunfuña otro de los chicos, dándose aires detectivescos. Es el hijo de un picapleitos de tres al cuarto (de ahí esa actitud, seguramente)—. En cuanto a ti —continúa, dirigiéndose a otro—, tu padre es un cobrador de deudas del burdel, ¿a que sí?

Cualquiera enrojecería de la vergüenza ante estas palabras, por muy pequeño que fuera. El chico en cuestión no puede más que bajar el rostro —cuyos pómulos empiezan a asemejarse a dos tomatitos— con sumisión, azorado, incapaz de desmentirlo. En el barrio tampoco podía faltar el hijo del amo de uno de los burdeles más

exitosos. Su familia no vive cerca del epicentro de la zona del placer, por descontado, sino en una gran mansión lejos de la zona. No es de extrañar que el niño se dé aires de grandeza; es evidente que es el ojito derecho de papá. Lleva puesto un gorro de flecos según la última moda. Su expresión insolente hace pensar que su familia no pasa penurias económicas, hecho que queda confirmado al observar el deslumbrante traje de estilo occidental que viste con gallardía. Y no lo saben todo. Hay uno que otro niño que incluso lo llama «señorito» con actitud casi reverencial. ¡Todo un espectáculo!

Entre todos estos estudiantes de la escuela se encuentra también Shin'nyo, del templo Ryūge, conocido asimismo como Nobuyuki[11]. Su pelo es oscuro y abundante, pero ¿cuánto tiempo le queda hasta que llegue el momento de rapárselo? No a mucho tardar, la tonalidad de su kimono pasará a teñirse del color de la tinta negra, tal como corresponde a la vestimenta de los bonzos. Pero la pregunta que debemos hacernos es: ¿habrá tomado esa decisión por voluntad propia? Sea como fuere, es un

---

11 Higuchi Ichiyō juega con la lectura de los ideogramas del nombre de este protagonista. Leyéndolo con la lectura china, como marca la tradición budista (ya que dicha lectura proviene de la lectura de los antiguos ideogramas chinos, y el budismo entró a Japón por influencia de China, no India), se pronunciaría Shin'nyo. Con la lectura japonesa, su nombre sería Nobuyuki.

estudiante brillante y todo parece indicar que heredará el oficio de su padre, el abad del templo. Aun así, Nobuyuki es un joven de actitud calmada por naturaleza y, quizás por eso, el resto de los estudiantes solían tenerlo cruzado. En el pasado le hicieron bastantes jugarretas.

Una vez, unos chicos ataron con cuerda a un gato muerto y se lo tiraron encima.

—Te dedicas a esto, ¿no? Venga, recítale un cántico para que su alma llegue al más allá. —Se mofaron algunos mientras le arrojaban el gato encima una y otra vez.

No obstante, eso ya es agua pasada. Ahora se ha convertido en el número uno del colegio y, en consecuencia, ya nadie se mete con él ni por descuido. Es de mediana estatura y tiene catorce años. Lleva su oscura cabellera muy corta según la moda estudiantil, pero, aun así —aunque quizás son imaginaciones mías—, hay algo en él que lo hace diferente al resto de gente. Pues por mucho que su nombre sea Fujimoto Nobuyuki, carente de connotación religiosa alguna, proyecta una imagen que se asemeja más bien a la de un acólito del Buda Gautama.

CAPÍTULO 2

El 20 de agosto tiene lugar el festival del santuario Senzoku, el protector del barrio. Todas y cada una de las calles que lo conforman quedarán repletas de carrozas engalanadas con sus mejores ornamentos (pues nadie desea perder la oportunidad de sacar pecho; todos quieren que su carroza sea la mejor). Cada año bordean la ribera hacia arriba y se adentran en el distrito del placer —que abre sus puertas en todo su esplendor y, de forma excepcional, a todo el vecindario— con fiereza. ¡No se pueden imaginar la energía con el que los fervorosos mozos penetran en manada al interior del distrito! Y, como es de esperar, nada de esto escapa a los oídos de los más pequeños, que de sobra saben de qué pie calza la sociedad en la que viven. Sin duda alguna, ellos también se enfundarán en *yukatas*[12] de cotón a juego con los colores de su zona, pero no se limitarán a eso, ¡faltaría más! Ya sea por culpa de la influencia de los jóvenes o por el ambiente desenfrenado que deriva del festival, la actitud de todos y cada uno de estos muchachos es de

12 El *yukata* es el kimono de verano, más simple y normalmente de cotón.

una petulancia sin fin. Parece que incluso lo hacen a propósito. Si escuchan los comentarios que hacen, nada típicos de su edad, estoy segura de que se les pondría la piel de gallina.

El cabecilla de la autoproclamada «banda de las callejuelas» no es otro que Chōkichi, su fundador. Aunque en realidad sea el hijo mayor del jefe de bomberos, Chōkichi es un bruto. Tiene quince años, y es de lo más arrogante. Desde que sustituyó a su padre en el pasacalle durante el festival de otoño de Niwaka, blandiendo con orgullo la vara de metal y haciendo las veces de abanderado, Chōkichi andaba siempre inflando pecho. Ahora lleva siempre el *obi* ceñido casi a la altura de las caderas, emulando, sin duda, el estilo de los hombres, y responde siempre con desprecio y altanería a cualquier comentario que le hagan.

—¿Han visto qué pintas y qué modales? Porque es el hijo del jefe de bomberos, porque si no… ¡otro gallo cantaría! —Suelen murmurar a escondidas las esposas de los otros bomberos del cuerpo.

Chōkichi está acostumbrado a campar a sus anchas y salirse siempre con la suya, aprovechándose de la influencia que ejerce entre esas callejuelas. Aunque eso era antes de que apareciera Shōtarō, el cabecilla de la «banda de la calle principal». Es el hijo de la casa de préstamos Tanaka de la calle principal. Pese a ser tres años menor que él, Shōtarō es un chico simpático con don de gentes, y su familia tiene dinero. No es de extrañar que no se lleve mal con nadie. Por todo ello, y como cabe de esperar, Chōkichi lo considera su archienemigo.

«¡Ese idiota me saca de quicio! No aguanto su expresión, mirándome siempre como si fuera un don nadie. Parece que me restriega que yo voy a la escuela privada Ikueisha y él a otra pública. ¿Qué se cree, que las canciones que cantamos en nuestras escuelas no son las mismas? Quizás se piensa que las que les enseñan a ellos en la pública son más auténticas. Claro, se da esos aires porque, tanto el año pasado como el otro, los preparativos para el festival que hizo su banda superaron con creces a los nuestros. ¡No me extraña, con la ayuda de los mayores, así cualquiera! Por si fuera poco, encima me quedé con las ganas de darle una buena paliza. Si vuelven a superarnos en el festival de este año, ¡será el fin

de mi banda! Por mucho que soltara amenazas ("¿Con quién crees que estás hablando? ¡Con Chōkichi, de la banda de las callejuelas!"), nadie me tomaría en serio. A este paso, tendré tan pocos miembros en la banda que no podremos formar ni un equipo de natación para nadar por el estanque de Benten en la competición de este año. Si se tratara solo de fuerza bruta, ganaría de calle. Pero la gente se deja engatusar por los buenos modales de Shōtarō, ¡serán lelos! Y, por si fuera poco, como es tan estudioso, lo toman por un sabelotodo y se acobardan ante él. Eso es lo que les pasó a Tarōkichi y a Sangorō, que, pese a ser de la banda de las callejuelas, se pasaron al otro bando. ¡Sanguijuelas traidoras, para desertar sí que tuvieron agallas! Vamos, Chōkichi, que el festival es pasado mañana. En lugar de pensar que estamos acabados, es hora de hacer algo a la desesperada para que sepan quién manda aquí. ¡Le plantaré un buen moratón en toda la cara a ese mequetrefe! No me importa si pierdo un ojo o una pierna, ¡esta vez pasaremos cuentas y sabrá lo que es bueno! Con la ayuda de Ushi, el hijo del tirador de *jinrikisha*; de Bun, el de la tienda de lazos para el pelo, y de Yasuke, el de la juguetería, podría hacer frente a la banda de la calle principal. ¡Ah! ¡Pero qué digo, casi

me olvido de él! ¡Pues claro! Si Fujimoto nos presta su intelecto, ¡seremos imbatibles!».

Pues dicho y hecho. Cuando el día del 18 de agosto empieza a anochecer, Chōkichi se encamina ni corto ni perezoso hacia el templo de Ryūge donde vive Fujimoto Nobuyuki. Rodea el jardín trasero del templo abriéndose paso entre los matorrales de bambú al mismo tiempo que intenta zafarse de los mosquitos que le zumban cerca de los ojos y la boca. Cuando localiza los aposentos de Nobuyuki, se empieza a acercar muy despacito.

—¿Estás aquí, Nobu? —pregunta al fin, dejándose ver—. Ya sé que se dice que solo me entiendo a golpes con la gente, y quizás tengan razón. Pero cuando me sacan de quicio, ¡por algo será! ¿No crees? Escúchame bien, amigo mío, estoy hasta la coronilla. ¿Sabes que el año pasado la banda de Shōtarō la tomó con mi hermano pequeño? Ese criajo insoportable comenzó a golpear el árbol de farolillos de mi hermano, y después sus compinches, que querrían meter cizaña para variar, se abalanzaron sobre él de la nada y le hicieron pedazos los farolillos de papel. ¿Qué tienes que decir al respecto? Se la agarraron con un niño pequeño que no tenía la culpa de nada y le hicieron

añicos sus preciados farolillos, ¿te lo puedes creer? ¡Y, por si fuera poco, no se les ocurrió otra cosa que coger a mi hermano entre todos y lanzarlo por los aires! ¿Qué clase de gente haría algo así? Encima, el hijo del dueño de la tienda de *dango*[13] y confituras, Zopenco, que, como es tan alto, va por el mundo dándose aires de adulto, empezó a insultarle: «¡Tomen su merecido, banda de las callejuelas!», dijo, «¿y este de aquí se supone que es el hijo del capataz de los bomberos y el hermano de un cabecilla de grupo de poca monta? Yo aquí no veo cabecillas ni cabezas, ¡sino un rabo! ¡Un rabo de cerdito!». ¿Te lo puedes creer, Nobu? Durante todo ese rato yo estuve en el desfile del festival de Senzoku sin enterarme de nada. Cuando finalmente llegó a mis oídos lo que había pasado me puse hecho una furia y grité que se prepararan, que Chōkichi iba a pasar cuentas para darles su merecido, pero mi padre me oyó y me pegó la bronca. ¡Encima! Esa noche me fui a dormir con lágrimas en los ojos, ¡lágrimas de rabia! Y tampoco hace falta que te cuente lo que pasó hace dos años porque supongo que lo recordarás. Esos renacuajos de la banda de la calle principal se reunieron delante de la papelería. Tenían toda la pinta de estar haciendo algún tipo de representación o comedia, ¡lo

13 Dulce japonés hecho a partir de harina de arroz cocida al vapor, de forma redonda.

que sea! El caso es que, cuando me vieron, me soltaron de golpe y sopetón: «¡Anda, pero si es Chōkichi! ¿Qué pasa, que los de la banda de las callejuelas se han quedado secos de ideas y viene aquí a ver si los inspiramos?». Encima se me hicieron los graciosos, ¿sabes? Pero lo que más me repateó fue ver el trato respetuoso que le daban a Shōta; ¡cualquiera diría que es un huésped de la Corte Imperial, oye! Aunque tenga tanto dinero que no sabe qué hacer con él, su familia tiene una casa de empeños, no un palacio, ¡por lo que más quieras! ¡El negocio de la familia Tanaka es la usura! Y aun así, ¿con qué derecho se lo tiene tan creído? No habría que dejar vivir a unos tipejos como él, ¿no crees, Nobu? ¡Si me lo cargara le estaría haciendo un favor a la sociedad, incluso! La cosa ha pasado ya de castaño oscuro. Pasado mañana, en el festival, me encargaré de pasar cuentas. ¡Y a golpes, faltaría más! Por eso he acudido a ti, Nobu, hazlo por un amigo. Necesito que me respaldes. Sé que no eres partidario de la violencia, pero necesito que te pongas de mi lado. No es solo por mí, ¡hazlo también para limpiar el honor del colegio Ikueisha! ¿No te corroe en el alma que ese pedante de Shōtarō se pasee por allí gritando a los cuatro vientos que las canciones de la pública son las buenas y verdaderas? ¡Ayúdame a ajustar cuentas con él!

Piensa que cuando me tachan de no ser más que un mero «estudiante gandul y zopenco de la privada» es como si también te insultaran a ti. ¡Por lo que más quieras, te lo suplico, échame una mano! Dime que me ayudarás y que blandirás el árbol de los farolillos en nombre nuestro. Estoy desesperado, no sé qué más puedo hacer. Si vuelven a derrotarnos, será el fin de Chōkichi. —Se lamenta el joven. Sus anchos hombros le tiemblan de la rabia.

—Pero Chōkichi, si soy un debilucho…

—Me da igual si eres un debilucho o no.

—Y no seré capaz de blandir los farolillos…

—No pasa nada.

—Si me uno a ustedes perderán igual.

—¡Da igual si perdemos, qué remedio! La clave es que todos sepan que estás de nuestro lado. Me juego el pellejo a que más de uno querrá seguirte. Yo soy un cabeza cuadrada, seamos francos. Pero tú, Nobu, tú eres un chico culto. Si a algún espabilado de la banda de la calle principal se le pasa por la cabeza darse aires de erudito y

hablarnos usando palabras chinas, tú podrás seguirle el juego en el mismo tono. ¡Ay, qué bien me siento ahora! Ya estoy más tranquilo. Muchas gracias. Si accedes, ¡será como tener la fuerza de mil hombres! ¿Nos ayudarás? —Nobuyuki no pudo evitar sorprenderse ante tal inusual muestra de felicidad y esperanza por parte de Chōkichi.

Es digno de ver a un lado, el hijo de un trabajador ataviado con un *obi* de casi tres *shaku*[14] de largo y calzado con unas sandalias *zōri*. Al otro, un joven ataviado como un monje en potencia, con su chaquetón del color de la corteza y un simple *obi* morado. Aunque son como el día y la noche y no piensan del mismo modo (pues nunca logran llegar a un acuerdo, al fin y al cabo), Nobuyuki no puede olvidar que sus padres, el gran bonzo y su esposa, tienen en gran estima a Chōkichi, pues este dio su primer vagido delante de las puertas del templo. Más tarde habían acudido al mismo centro, el colegio Ikueisha. Cuando los de la pública hablan mal de los de la privada, Nobuyuki también frunce el ceño. Además, como Chōkichi no es demasiado popular entre la gente por culpa de su innata incapacidad para hacer amigos, en el fondo le da un poco de lástima. Shōtarō, en cambio,

14 Aproximadamente un metro de longitud.

tiene a todos los jovenzuelos del barrio —incluso a los mayores— de su parte. No es que Chōkichi se sienta inferior a Shōta, ¡ni por asomo!, pero es cierto que, por culpa del hijo de los Tanaka, Shōtarō, Chōkichi pierde año tras año. Por si fuera poco, Chōkichi ha puesto sus esperanzas en él; incluso se lo ha suplicado. Nobuyuki se siente incapaz de defraudarlo.

—Está bien, me uniré a ustedes —responde Nobuyuki—. Tienes mi palabra. Pero te pido que no lleguen a las manos. Así tendremos más opciones de ganarles. Si son ellos los que buscan pelea, ¡allá ellos! Si las cosas se tuercen hasta tal punto, yo mismo aplastaré a Shōtarō con la punta del meñique. —Parece ser que Nobu se ha olvidado por completo de que instantes antes se ha autoproclamado un debilucho. Acto seguido, del cajón de su escritorio saca su preciada daga Kokaji, un regalo proveniente de Kioto, y se la muestra al otro joven.

—¡Madre mía! Y parece que corta de verdad. —La admira Chōkichi, acercándose más para observarla mejor.

Cuidado como la sujeten, chicos, no vaya a ser que esto termine en tragedia.

CAPÍTULO 3

Su melena suelta le llega casi hasta los pies, si bien ahora la lleva fuertemente recogida hacia atrás en un gran moño que parece pesar bastante, al estilo *shaguma*, «oso rojo». Aunque el nombre inspira cierto temor, todas las jovencitas de buena familia de la época se peinan así. La joven es de piel nívea y nariz perfilada. Su boca no es pequeña, precisamente, pero está bien conformada y no puede decirse que no sea atractiva. Si examinan sus rasgos de uno en uno es probable que diste de la imagen de belleza arquetípica, pero la frescura que emana de su voz al hablar y los ojos que rebosan cariño y respeto al mirar a la gente, así como su porte grácil y vivaz, le dan un aire agradable y encantador en conjunto.

A la vuelta de los baños matutinos, la joven viste un *yukata* amplio de color caqui con unos vistosos estampados de mariposas y pajarillos. Lleva el *obi chūya*[15] bien ceñido a la altura del pecho. Es de satén negro, si

15 En japonés, el término *obi chūya* (literalmente, «obi o faja de mediodía y noche») hace referencia a un tipo de obi de color negro, cuyo reverso es normalmente blanco, muy en boga en la época por la facilidad de combinar distintos colores.

bien el reverso es de otro color, y calza unas sandalias *bokuri* de madera lacada con bastante plataforma (¡eso no se ve todos los días!).

—Ay, ¡qué ganas tengo de verla de aquí a tres años! —comentan entre sí un grupo de hombres jóvenes que salen del distrito del placer Yoshiwara al cruzársela, toalla en mano y con su nuca blanquísima.

La joven es Midori, del Daikokuya. Es natural de la región occidental de Kishū y aún conserva un poco de acento de la zona, aunque eso aún le suma más encanto. No encontrarán a nadie que no admire su carácter generoso y gentil. Pese a no ser más que una niña, su monedero está siempre lleno gracias al gran éxito que su hermana cosecha como cortesana en Yoshiwara (pues está en lo más alto de su carrera y todo el dinero que no se queda el burdel es para ella). Todo el enjambre de aprendices que acompaña siempre a su hermana no se reprime ni un pelo alrededor de Midori para ganarse el favor de su hermana mayor:

—Aquí tienes, pequeña Mii. —le ofrece una *yarite*, una cortesana ya entrada en edad, llamando a Midori

por su apelativo cariñoso—, para que te compres una muñequita.

—Toma, preciosa, acéptalo y cómprate una pelotita de colores. —Le ofrece una *shinzo* o aprendiz de cortesana[16].

No obstante, pese a que Midori siempre acepta el dinero con humildad, es muy consciente de que solo pretenden ganársela con favores. Como tampoco se siente agradecida, en lugar de comprarse juguetes, se dedica a repartir el favor entre sus veinte compañeras de clase comprándoles pelotitas de caucho con diseños a juego para divertirse entre todas. Aunque eso solo había sido el principio. Una vez incluso había comprado todos y cada uno de los juguetes que había en los estantes de la papelería criando polvo. Con ese gesto hizo feliz a más no poder a la mujer del dueño de la tienda, como cabe esperar. Aunque, si se detienen a pensarlo, no es nada común que una chica de su edad y origen pueda permitirse semejantes despilfarros día tras día. No puedo evitar preguntarme qué será de esta chica dentro de

---

16 En Yoshiwara, una mujer no podía convertirse en una cortesana sin pasar por distintas etapas obligatorias, a saber, la etapa de *kabuto* o aprendiz (desde los cinco a los trece años, aproximadamente); *shinzo* o asistentas directas de las *yarite* y de las *oiran*; las *oiran* o cortesanas por excelencia, en todo su esplendor. Para terminar, estaban las *yarite*, antiguas cortesanas ya en edad madura que supervisaban al resto.

unos años. Aunque tiene padre y madre, parece ser que no ejercen mucho como tales; hacen la vista gorda a su conducta y jamás le han alzado la voz para ponerla en cintura.

Y, díganme, ¿no les parece algo sospechoso que el patrón del Daikokuya, donde trabaja su hermana mayor, preste tanta atención a esta jovencita? Al fin y al cabo, no es su hija adoptiva ni tampoco un familiar. Cuando el patrón se dirigió a Kishū para examinar a su hermana mayor y comprarla para su establecimiento, extendió su invitación a Midori y a sus padres, quienes, creyendo que les resultaría bastante difícil ganarse la vida por los lares de Kishū, aceptaron la generosa oferta. De ahí que tanto Midori como sus padres vivan ahora en el Daikokuya. ¿Tendría el patrón acaso más cosas en mente cuando les permitió quedarse? Quién sabe. Pero lo cierto es que, de momento, ahora están a cargo de la residencia anexa al establecimiento. La madre trabaja como costurera y confecciona vestidos para las chicas del centro, y el padre lleva las cuentas a un local de poca monta. En cuanto a Midori, está inscrita en la escuela para aprender distintas artes, desde música a arreglo floral, pasando por la ceremonia del té y manualidades. Pero, aparte

de esto, Midori tiene plena libertad para hacer lo que le plazca durante el resto del día; a veces echa la tarde en los aposentos de su hermana, y otras veces pasa el tiempo jugando por las calles para impregnarse del sonido del *shamisen*[17] o del tambor, así como de los colores vistosos —carmesíes y púrpuras, sobretodo— típicos de las cortesanas.

Cuando Midori llegó a Yoshiwara por primera vez, el cuello del kimono que vestía era de color malva —nada adecuado para una señorita—, a juego con el kimono de encima, pese a que la etiqueta exigiera que tenía que conjuntar con el de debajo. Las otras niñas del barrio se metieron con ella: «¡Vuélvete al pueblo, provinciana! ¡Pueblerina!», y Midori derramó lágrimas durante tres días y tres noches. Pero ahora, en cambio, es ella la que se burla de las otras: «¿Pero qué llevas puesto?», suelta cuando ve que alguien no conjunta bien las telas. Ya nadie se atreve a alzarle la voz.

El día 20 tendrá lugar el festival y todos sus amigos están resueltos a celebrarlo por todo lo alto. Midori, como siempre, no tiene intención de defraudarlos.

---

17 Instrumento musical de tres cuerdas, parecido a una pequeña guitarra.

—Veamos, tenemos que pensar algo entre todos. Hay que ingeniárselas para hacer algo que nos guste a la mayoría —propone—. No se preocupen por el dinero, que de eso ya me encargo yo.

Tal como es de esperar, Midori se hace cargo de los gastos. El resto de los niños no tardan en aceptar el ofrecimiento, pues ¿quién les puede asegurar que semejante amiga, la mismísima reina de la bendición y generosidad en persona, volvería a aparecer ante sus narices? En estos casos, los niños son más pragmáticos que los adultos y no dudan en sacar tajada de la situación.

—¡Representemos una farsa! Podríamos pedirle a alguien que nos deje su tienda y montamos un escenario para que nos vea todo aquel que pase cerca —propone un chico.

—¿Pero qué tonterías dices? En lugar de eso, ¿qué me dicen si montamos una carroza *o'mikoshi*[18]? ¡Que para algo es un festival! ¿No sería genial? Pero una de las de verdad, como la que tienen en el Kabataya. ¿Qué más da si pesa mucho? ¡Lo llevaremos entre todos al ritmo

18 Santuarios portátiles sintoístas, típicos de los festivales. Su peso y tamaño puede variar bastante.

del cántico ¡*yatchoi*, *yatchoi*! —Este otro chico, de lo entusiasmado que está, se ha atado una cinta a la cabeza como si ya llevara el *o'mikoshi* a cuestas—: ¡será coser y cantar!

—¡Pues a nosotras este plan no nos gusta nada! ¿Qué tiene de divertido verlos dando saltos arriba y abajo? ¿Que no ves que a Midori no le gusta tu idea? Y, a ver, dime, ¿por qué tenemos que hacer caso a lo que tú digas? —Le suelta la portavoz del grupo de chicas. Da la impresión de que se muere de ganas por chillar algo así como: «¡Dejémonos ya de tantas tonterías! Que si festival por aquí, festival por allá… ¡Vayamos al teatro Tokiwaza a ver un vodevil, chicas!». Qué cosas.

En ese momento, con una mirada penetrante y seductora, Tanaka Shōta finalmente levanta el rostro y propone su idea:

—¡Ya sé! ¿Y si hacemos un espectáculo de transparencias con una linterna mágica? En mi casa tengo algunas láminas y transparencias, y las que nos falten, Midori, nos las compras tú. Lo podríamos hacer delante de la papelería, ¿qué me dicen? Yo me encargaré de hacer funcionar la linterna mágica y Sangorō, el de las

callejuelas, podría hacernos de narrador. ¿Cómo lo ves, Midori? ¿Te parece bien la idea?

A la aludida le encanta el plan:

—¡Me parece genial!, ¡qué buena idea! Además, con Sangorō de narrador tendremos risas aseguradas. ¿Se imaginan si pasamos una lámina de su cara por error? ¡Las carcajadas se oirían por todo el barrio!

Cuando terminan las bromas empiezan a organizarse. No a mucho tardar vemos a Shōta corriendo arriba y abajo empapado de sudor, pues es el encargado de comprar todo lo que les falta. Pero ¿por qué se esmerará tanto?

Finalmente, llega el día previo al festival, y el plan del grupo de Shōta llega a oídos de la banda de las callejuelas.

CAPÍTULO 4

El redoble de los tambores y el melódico son del *shamisen* se esparcen por todos y cada uno de los rincones, si bien esa parte de la ciudad está bastante acostumbrada al jolgorio de los festivales. Pero esta vez es distinto. La celebración del festival de Senzoku tendrá lugar por todo lo alto. Durante el decurso del año difícilmente tiene lugar otro acontecimiento de este calibre, a excepción, quizás, del festival de Ōtori. Los santuarios sintoístas de Mishima y Onoteru, como cabe esperar, no pueden competir con el esplendor del santuario de Senzoku. De hecho, esta rivalidad entre templos no deja de parecerme, cuanto menos, sorprendente.

La banda de las callejuelas y la banda de la calle principal, inusualmente, se han puesto de acuerdo al menos en una cosa: todos visten unos *yukatas* confeccionados con algodón de *mōka* con los caracteres del nombre de sus respectivas bandas, hilvanados de tal modo que pretenden imitar los trazos sueltos de la caligrafía.

—Estos trapos que llevan no son mejores que los del año pasado, ¡ni mucho menos! —murmullan tanto los de una banda como los de otra.

Debido a la longitud de las mangas del *yukata*, se las remangan con cordones de lino amarillo, un pigmento conseguido gracias al fruto de la gardenia. Cuanto más grueso, mejor. Los zagales que aún no han cumplido los trece o catorce años se pasean airosos exhibiendo una retahíla de juguetes colgados de la espalda, de formas tan dispares como muñecos Daruma, búhos o perros, todos ellos hechos de papel maché. Siete… nueve… once… ¡Hasta once juguetes colgándoles de los cordones! Los cascabeles y sonajeros que llevan pendiendo de las espaldas repiquetean cuando echan a correr —sin zapatos, calzando meramente calcetines *tabi*— por todos lados con un característico *clin-cling*, *clin-cling*. Es, sin lugar a duda, un espectáculo digno de presenciar.

Algo apartado de la multitud se encuentra Shōta, de la casa Tanaka. Lleva una chaqueta de mangas anchas *hanten*[19] a rayas rojas con el emblema familiar y, debajo, un delantal azul marino que contrasta con la blancura

19 Kimono corto sin solapa usado como chaqueta.

de su piel de niño de buena familia (pues estos atuendos solían llevarlos trabajadores de piel tostada por el sol). Pero no piensen ni por un instante que estos atavíos no son exclusivos; solo hay que fijarse en el *obi* de color azul cielo, fuertemente ceñido a la cintura, y descubrirán una tela de crepé de primerísima calidad hábilmente teñida. Las insignias tintadas en la solapa del cuello de la chaqueta saltan a la vista por sí solas. Asimismo, se ha colocado una flor de las carrozas del festival en el nudo de la nuca de la cinta que lleva atada a la cabeza. Las sandalias de suela y cordeles de cuero repiquetean al ritmo de la música, aunque Shōta ha decidido no unirse a la orquesta musical que marcha a su alrededor. La víspera del festival empieza a tocar a su fin, por lo que alrededor de la papelería se han ido reuniendo los miembros del grupo de la calle principal hasta finalmente ser doce. Pero aún falta un miembro más: Midori, que seguramente continúa enfrascada en su ritual de acicalamiento nocturno.

—¿Aún no ha llegado? ¿A qué espera? —repite Shōta una y otra vez mientras entra y sale de la tienda—. Sangorō, ve tú a buscarla. Nunca has estado en la

residencia del Daikokuya, ¿verdad? Si la llamas desde el jardín seguramente te oirá. ¡Vamos, rápido!

—Entendido, ya voy yo a buscarla. Dejaré aquí mi farolillo de papel, así nadie me quitará la vela. Shōta, encárgate tú de vigilar mis cosas, ¿vale? —contesta Sangorō.

—¡Serás agarrado! Si tanto tiempo tienes para quejarte, más te valdría que espabilaras y te marcharas ya. Vamos, ¿a qué esperas? —Le insta. Parece que a Sangorō no le importa que un chico más pequeño que él le dé órdenes.

—Volveré en un abrir y cerrar de ojos, como el mismísimo Jirōzaemon —promete, echando a correr a la velocidad de Idaten[20].

—¡Anda! ¿Lo han visto, chicas? ¿Qué era eso que acaba de poner pies en polvorosa? —Se burla una de las muchachas al verlo partir. Las otras corean el comentario con algunas risas burlonas.

---

20 Jirōzaemon es el personaje de una obra de teatro kabuki, según la cual se dice que saltó por los tejados tras matar a la mujer que le había dado calabazas. Idaten, por otro lado, es un guerrero del budismo mahayana célebre por su velocidad, pues se dice que persiguió al demonio Ragetsu cuando este intentó hacerse con las cenizas de Buda.

Sangorō es de complexión rolliza y algo bajito. Su cara es grande y redonda —la forma recuerda más bien a un martillo de madera—, y no tiene cuello apenas. Al volverse podrán ver un rostro frontudo con la nariz chata. Además, los dientes salidos que tiene seguro que han generado más de un mote (Sangorō, «dientes de conejo» o algo por el estilo). Es moreno de piel, pero lo que más llama la atención es su expresión afable. Su mirada bonachona parece estar dispuesta a encarnar el papel del bufón del grupo. Cuando sonríe, se le marcan los hoyuelos de forma encantadora. Tiene las cejas colocadas de una forma tan extravagante que parece como si alguien hubiera jugado al juego de la sonrisa afortunada[21] con ellas. Pero, a pesar de su aspecto, es un chico divertido y sin maldad.

Si se preguntan si es pobre o no, sepan que para la ocasión viste su indumentaria habitual, confeccionada con sencillas telas de crepé de Awa. Las mangas del *yukata*, normalmente holgadas, se le han quedado estrechas después de tantos años.

---

21 En el original, *fukuwarai*. Se trata de un juego típico de Año Nuevo en el que los participantes deben vendarse los ojos y colocar unos pequeños papeles (con forma de ojos, nariz, boca, cejas, etc.) encima de otro papel con un rostro dibujado.

—No, bueno, resulta que no me han podido confeccionar el *yukata* a juego que pedí a tiempo para el festival… —explica a los amigos, que desconocen sus circunstancias familiares y económicas. Es el mayor de seis hijos. Su padre los mantiene a duras penas tirando del *jinrikisha* y transportando clientes. Tiene apalabradas hasta cincuenta casas de té como clientela (y no gente cualquiera, pues se trata de las casas de té que se abocan alineadas por la cuesta de Emonzaka hasta las puertas del distrito Yoshiwara). Pero, por desgracia, aunque el negocio del transporte vaya sobre ruedas, eso no repercute en la economía familiar. La vida, pues, no para de ponerles palos en las ruedas.

—Ahora que ya tienes doce años, cuento contigo para que me ayudes a tirar la familia adelante. —Le había dicho su padre dos años atrás. Sangorō había acudido a la imprenta de Namiki, pero como era un perezoso no duró ni diez días. De hecho, desde entonces, no ha durado más de un mes en un mismo oficio. Desde noviembre hasta finales de invierno, suele encargarse de coser las plumas de papel para los volantes de juguete típicos de Año Nuevo. En verano ayuda en la tienda del heladero cerca del dispensario. Para sorpresa de más de

uno, a Sangorō no se le da nada mal atraer a la clientela con sus gritos a pleno pulmón y sus bufonadas, y ya hay quien lo considera el cebo perfecto para pescar clientes. El año pasado, cuando era uno de los que tiraban de las carrozas flotantes en el festival de otoño de Niwaka, sus compañeros empezaron a apodarle Mannenchō[22], con algo de maldad. Pero todos y cada uno de ellos eran conscientes de que Sangorō era el bufón del grupo, el bromista, y en el fondo nadie le guardaba rencor. Esa era, quizás, su mejor cualidad.

La casa Tanaka es la amarra que mantiene a Sangorō y su familia a flote. Están muy en deuda con la señora Tanaka, ya que los intereses diarios que les cobran por las deudas contraídas son exorbitantes. Pero si no fuera gracias a la señora Tanaka, no podrían seguir adelante con sus vidas. Por eso mismo a Sangorō le resulta inconcebible pensar mal de su salvavidas económico, y si Shōta le grita: «¡Sankō, ven al parque de la calle principal a jugar con nosotros!», le resulta imposible negarse y acude a su llamado por obligación. Pero no hay que

---

22 Mannenchō era un barrio muy pobre ubicado al sudoeste del distrito de Yoshiwara y del templo de Ryūge. Normalmente eran las gentes de este barrio —muchos de ellos, bufones y trovadores varios— quienes tiraban de las carrozas en el festival de Yoshiwara.

olvidar que Sangorō ha nacido y se ha criado en la zona de las callejuelas, que la parcela de su casa es propiedad del templo Ryūge y que su arrendatario no es otro que el padre de Chōkichi. Sangorō, por tanto, no puede darle la espalda abiertamente a Chōkichi y a la banda de las callejuelas, pero, por circunstancias que lo superan, se ve obligado a escabullirse con la banda de la calle principal. Para su pesar, y como consecuencia, se ha convertido en el centro de más de una mirada maliciosa.

Mientras tanto, Shōta está sentado en la entrada de la papelería. Aburrido de esperar, mata el tiempo tarareando en voz baja la canción de *El romance secreto.*

—¡Pero bueno! ¿Ya andas cantando canciones de amor? —comenta entre risas la mujer del propietario de la papelería—. Habrá que echarte un ojo de vez en cuando. ¡Sí que crece rápido esta juventud!

Shōta se queda sin palabras y enrojece hasta la punta de las orejas. Para ocultar su vergüenza, llama al grupo en voz alta:

—¡Anda, vengan todos afuera!

Justo al salir de la tienda, se topa de bruces con su abuela:

—¿No tienes hambre, Shōta? Ya es la hora de cenar. Hace un buen rato que te estoy llamando para que vengas, ¿o acaso estabas tan enfrascado con tus jueguecitos que no me has oído? —A continuación, la señora Tanaka se dirige a la mujer del dependiente—: Shōta volverá a jugar después de cenar. Disculpe las molestias.

Como su abuela lo ha venido a buscar expresamente en persona, Shōta difícilmente puede zafarse.

Tras la partida de Shōta, el ambiente festivo desaparece de repente. Aunque de hecho solo se ha ido un chico de todo el grupo entero, se nota la diferencia: cuando Shōta no está, incluso los adultos lo notan. No es de los bromistas y revoltosos, y tampoco hace reír tanto como Sangorō, pero la gente lo adora igualmente por su bondad, cualidad que raramente se deja ver entre los niños de casas ricas.

—¿Han visto las pintas que traía hoy la viuda Tanaka? Que ya tiene una edad, ¡una no puede pasearse así con sesenta y cuatro años! Aún doy gracias de que no se unte

de polvos blancos la cara. Pero ¿y el peinado *marumage*[23] con el moño tan grande? Ya no es una chiquilla para peinarse así.

—Y no se dejen engañar por ese tono de voz tan lisonjero, en el fondo es una carroñera avariciosa. Esta es capaz de plantarse en el lecho de muerte de un deudor para reclamarle su dinero; y si no, tiempo al tiempo. No me extrañaría que cuando le llegue su hora quiera que la entierren junto con su querido dinero. ¿No creen?

—Sí, mucho hablar, pero al final nosotras también inclinamos la cabeza cuando pasa por delante. El dinero manda, al fin y al cabo.

—Tienes razón. Ya me gustaría a mí tener un pellizco de su bolsillo…

—He oído que incluso ha concedido préstamos a las casas grandes de Yoshiwara.

En la calle principal, tres mujeres chismorrean sobre el patrimonio de la familia Tanaka, aunque ninguna sabe a ciencia cierta a cuánto asciende.

23 Peinado refinado y tradicional que llevaban las mujeres casadas, consistente en un recogido con un gran moño en el centro.

CAPÍTULO 5

«—Permanezco a la espera a medianoche, junto al brasero portátil. ¡Qué duro es! ¿Será esto que siento amor[24]?».

El viento que sopla es algo frío y, pese a ser una noche de verano, refresca un poco. Se ha dado un baño para deshacerse de los calores y sudores de la mañana y ahora se encuentra delante del espejo de cuerpo entero para terminar de arreglarse. Su madre es la que se encarga de peinar y arreglar su melena suelta. ¡Pero qué preciosa que está su querida hija Midori! La madre la inspecciona de pie, primero, y sentada, después.

—Quizás deberías ponerte un poco más de polvos blancos por el cuello. —Le aconseja la madre.

Para la ocasión han escogido un kimono sin forro de seda, de un refrescante azul pálido y teñido al estilo *yūzen*. A su estrecha cintura lleva bien ceñido un *obi* formal de

24 Alusión a la canción popular Wagamono (Egoísta), que trata de las penas y el desamor que acucian a una mujer en una noche de nieve.

color paja con unos finos hilos del color del oro bordados a través. Encima de una de las piedras del jardín exterior reposan sus chanclos de madera *geta*, pero aún tardará unos instantes más hasta calzárselos para salir.

—¿Aún no ha terminado? ¿Por qué tarda tanto? —Mientras espera a Midori, Sangorō ha dado ya siete vueltas al muro del jardín. Incluso se le han pasado las ganas de bostezar. Los mosquitos, famosos en el barrio, que patrullan esa zona se abalanzan sobre el chico por mucho que él intente ahuyentarlos. El pobre tiene picadas por doquier, desde el cuello hasta la raíz del pelo. Justo cuando su paciencia llega al límite, Midori aparece al fin.

—Venga, vamos —La saluda.

Sangorō la coge de la manga y, sin mediar palabra, echa a correr a toda prisa.

—¡Para, que me quedo sin aire! ¿A qué tanta prisa? Por tu culpa ahora me duele el pecho. Si tanta prisa tienes, por mí ya te puedes ir tú solito. A mí me dejas tranquila —Le espeta la chica.

Al final resuelven llegar a la papelería por separado, pero, al parecer, Shōta sigue cenando porque no ha vuelto aún.

—Pues vaya, ¡qué aburrimiento! ¿Y ahora qué se supone que debemos hacer? Si no viene, tampoco podemos empezar el espectáculo de las linternas mágicas. —Se queja Midori. A continuación, se gira hacia la encargada de la tienda—. Señora, ¿no venden juegos aquí? ¿Tiene el *tangram* o algún juego de mesa? ¡Lo que sea! No puedo estarme de brazos cruzados. —Finaliza, algo contrariada.

El resto de las chicas del grupo le pide unas tijeras a la mujer en el acto y empieza a recortar papeles para jugar al tangram. Los chicos, por su parte, con Sangorō en cabeza, se ponen a rememorar el baile y las melodías del pasado festival de otoño de Niwaka:

«*¡Pasen y vean el floreciente distrito norte, los farolillos de papel y las farolas eléctricas adornan los aleros, contemplen las cinco calles, siempre concurridas de gente!*».

Los chicos gritan con efusividad. Es una canción que estaba de moda el año pasado y el anterior, por lo que los jóvenes la bailan y cantan de memoria sin cambiar ni una sola coma, reproduciendo a la perfección hasta el último gesto o palma. Una pequeña muchedumbre empieza a amontonarse alrededor de la tienda para presenciar el espectáculo que supone el particular baile de los diez jóvenes.

—¡Sangorō! ¿Estás por aquí? ¡Ven un momento, por favor, que se está armando una buena! —El chico que acaba de llamarlo es Bunji, el hijo del fabricante de cintas para el pelo.

—¡Voy! —responde el aludido sin sospechar nada.

Justo al alejarse de la tienda de un salto alguien grita: «¡Aquí está! ¡Ya es nuestro!».

—¡Mira a quién tenemos aquí, al oportunista! Sucio traidor, ya puedes ir preparándote porque te haré una cara nueva. ¿Cómo te has atrevido a manchar el honor de la banda de las callejuelas? ¿Qué te creías, que no pasaríamos cuentas? ¡Pues te equivocas, alelado! ¿Con quién te crees que hablas, eh? ¡Ahora tendrás que vértelas

con Chōkichi! Ya verás. ¡Haré que te arrepientas de habernos dado la espalda y de haberte reído de nosotros, desgraciado!

Chōkichi empieza a apalizarlo y le propina un buen puñetazo en la cara. Sangorō solo acierta a soltar un improvisto «¡Ah!» de la sorpresa. Intenta huir como puede, pero alguien de la banda de las callejuelas lo ha cogido del cuello del *yukata*.

—¡Vamos, muélanlo a palos! ¡Acaben con Sangorō!

—¡Que salga Shōta, que verá lo que es bueno!

—Si los otros enclenques pretenden huir, lo llevan claro.

—Tampoco dejaré irse de rositas a Zopenco, el de la tienda de *dango* y confituras. ¡Que se prepare!

En un abrir y cerrar de ojos la batalla campal se apodera de la tienda cual marea devastadora. La banda de las callejuelas se encarga de tirar al suelo y destrozar sin contención alguna todos y cada uno de los farolillos de papel que cuelgan del alero de la tienda.

—¡Cuidado con la lámpara colgada! Paren, ¡no quiero peleas en la tienda! —vocifera la mujer del propietario, si bien los aludidos hacen oídos sordos.

Son como mínimo unos catorce o quince chicos, todos ataviados con unas toallas dobladas atadas a la cabeza y enarbolando unas colosales linternas, de las que se sirven para destrozar el local por doquier. Mientras buscan a su presa, sueltan golpes y patadas a diestra y siniestra. Finalmente, entran con violencia dentro de la tienda sin siquiera descalzarse. ¡Qué desfachatez!

Una vez dentro buscan sin éxito a Shōta, su archienemigo:

—¿Dónde lo han escondido, eh?

—¿Adónde ha huido? ¡Venga, habla!

—¿A qué esperas? ¡No nos iremos de aquí hasta que nos digas dónde está!

Han acorralado a Sangorō y le propinan golpes y patadas por todo el cuerpo. Midori no puede aguantarlo ni un momento más y se abre paso entre la multitud para pararles los pies.

—¡Ya basta! ¿Me puede decir qué les ha hecho a ustedes el pobre San? Si lo que quieren es buscar una batalla con Shōta, ¡encárenlo a él directamente! Para su información, ni ha huido ni se está escondiendo, ¡simplemente no está aquí! Esta es nuestra zona de recreo, ¡así que no les permito ni que le pongan la mano encima a mis amigos ni que nos destrocen el local! Y en cuanto a ti, Chōkichi, ¡eres repugnante! ¿Por qué apaleas así al pobre San? ¡Detente! ¿Por qué has vuelto a tirarlo al suelo? ¿Que no ves que está hecho un trapo? Si quieres pegar a alguien, pégame a mí. ¡Yo me las veré contigo! —grita la joven, soltando improperios a la banda de las callejuelas. A continuación, se dirige a la dependienta de la papelería, que hacía ademán de retenerla—: ¡Señora, déjeme, no intente detenerme!

—¿Y tú de qué vas, eh, ramera de pacotilla? Se te va la fuerza por esa bocaza que tienes. ¿Cómo te atreves a alzarme la voz? ¡Tú, que no eres más que una muerta de hambre que solo aspira a seguir los pasos de su hermana mayor! ¿Vértelas conmigo, dices? Tranquila, aquí tienes un adversario de tu talla.

Chōkichi, que se encuentra convenientemente a una prudente distancia de la chica y amparado por varios

compinches, se saca una de las sandalias —llena de barro— y la lanza a Midori, sin errar la puntería. Le da de lleno en la frente con un golpe seco y le ensucia el rostro.

Midori se ha quedado más blanca que el papel. Con esa afrenta, Chōkichi se ha pasado de la raya.

—¡No, quieta! —La dependienta la rodea con los brazos para detenerla—. Solo conseguirás que te hagan más daño.

—Ahora ya no te pavoneas tanto, ¿eh? —responde Chōkichi—. Pues que sepan todos que Fujimoto del templo Ryūge está de nuestro lado. ¿Entendido? Si quieres pasar cuentas, los recibiremos con mucho gusto en las callejuelas. Y en cuanto a ti —continúa, girando el rostro hacia Sangorō—, ¡idiota, imbécil! ¡No eres más que un cobarde, un debilucho y un gallina! Te estaremos esperando. Ten cuidado cuando andes por las callejuelas de noche…

Chōkichi ha agarrado de nuevo a Sangorō y lo arroja contra el suelo de la entrada de la tienda. Justo en ese instante se oyen los pasos apresurados de un guardia acercándose. Al saberse descubiertos, Chōkichi grita:

«¡Corran!», a pleno pulmón. Ushimatsu, Bunji y el resto de los diez miembros se escabullen en un abrir y cerrar de ojos en varias direcciones y por separado. Las callejuelas se ocupan de escudarlos.

—¡Maldito seas, maldito seas, maldito seas…! ¡Chōkichi, desgraciado…! Y Ushimatsu y Bunji, hijos de mala madre… ¡Me las pagarán, ya lo verán! ¿Por qué no han acabado conmigo? ¡Díganme! ¿Por qué no me han dado el golpe de gracia? Yo los diré por qué: ¡yo soy Sangorō! ¡No me iré al otro barrio tan fácilmente! ¡Aunque me muera, volvería en forma de espíritu y les rompería el pescuezo! De esta te acordarás, Chōkichi… —Se lamenta Sangorō.

Por las mejillas resbalan, una tras otra, grandes lágrimas —parecen dos torrentes—, hasta que finalmente no puede aguantar más y rompe a llorar con sonoros sollozos. Le han propinado semejante paliza que, en estos momentos, le debe estar doliendo el cuerpo entero, hasta la última pestaña. Los numerosos golpes y patadas que ha recibido le han rasgado las ya de por sí estrechas mangas del *yukata*, y lleva toda la espalda y el trasero llenos de barro y mugre. Su mirada echa chispas —salta a

la vista que está intentando contenerse—, y la intensidad de su odio se palpa en el ambiente. Sus compañeros lo observan consternados y cohibidos, sin saber cómo consolarlo.

La dependienta de la papelería se apresura a ir junto a Sangorō y le ayuda a ponerse en pie con ambos brazos. Le da unos golpecitos de ánimo al hombro y le limpia el *yukata* de barro.

—¡Aguanta, chico, aguanta! No te tortures más. No tiene sentido que le des más vueltas, pues te superaban en número con creces. No podrías haberles ganado, y menos con tus amigos que, precisamente, no destacan por su fuerza física. Ni una adulta como yo les ha podido parar los pies, ya lo has visto. ¿No te das cuenta? Aunque al menos doy gracias de que no te hayan herido o lesionado, menos mal. Pero me temo que, cuando vuelvas solo, te tiendan una emboscada. ¡Ah! Suerte que ya ha llegado el guardia. —La mujer se dirige hacia el policía—. Por favor, hágame el favor de acompañarlo hasta su casa, si es tan amable. Así nosotros podremos respirar tranquilos también. Acérquese un momento, que le contaré lo sucedido.

La mujer le narra los hechos por encima al guardia recién llegado.

—Claro que lo acompañaré, forma parte de mi trabajo. Anda, vamos.

El guardia coge de la mano a Sangorō, pero este se opone.

—No, descuide, no se preocupe, no es necesario que me acompañe. Puedo volver sin su ayuda —responde con un hilo de voz, azorado.

—Tranquilo, no tengas miedo. Solo te acompañaré a casa. No tienes que preocuparte por nada. —Sonríe el guardia, acariciándole el pelo.

Sangorō se siente más y más apocado a cada segundo que pasa.

—Verá, es que si mi padre se entera de que me he peleado, me caerá una buena… La familia del cabecilla de esa banda es la arrendataria de nuestra casa, ¿sabe? —Se sincera Sangorō, abatido.

—Pues en ese caso te acompañaré solo hasta la entrada, ¿qué me dices? —El guardia, tras haber comprendido la situación, lo tranquiliza—. No haré nada que te haga meter en líos, descuida.

Finalmente, el guardia consigue hacerle entrar en razón y ambos se marchan juntos, para tranquilidad del resto, que los observa mientras se alejan. Pero, sin previo aviso, al girar por una de las callejuelas, Sangorō suelta la mano del guardia y empieza a correr como si le fuera la vida en ello, alejándose del hombre.

CAPÍTULO 6

—Esto es del todo insólito. Si ahora empezara a nevar con el calor que hace, no estaría menos sorprendida. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te negaste a ir al colegio, Midori. ¿Acaso te encuentras mal? Si no te apetece desayunar, puedo pasarme por la tienda de sushi Yasuke dentro de un rato. No tienes fiebre, así que esto no es cosa de un resfriado. Lo más probable es que arrastres el cansancio del día de ayer. ¿Quieres que vaya yo a hacer la plegaria matutina al gran Tarō? Será mejor que hoy te quedes en casa.

—No, mamá, de ninguna manera. Fui yo la que se comprometió a ir al templo cada mañana para pedir que mi hermana siga gozando de prosperidad. Si no voy yo, no me quedaré tranquila. ¿Me das unas monedas para el donativo? Gracias. ¡Hasta luego!

Midori sale corriendo de la residencia del Daikokuya y, entre arrozales, llega al templo Inari en un suspiro. Acto seguido, procede al ritual de invocación habitual: tira de la gruesa cuerda de paja para hacer repiquetear el

gong, da un par de palmadas y junta las manos en señal de oración. ¿Qué habrá pedido? Lo desconozco.

Tanto a la ida como a la vuelta, Midori anda con la vista clavada en el suelo, siguiendo la senda que bordea los campos de arroz, de un intenso color verde. La solitaria figura de la joven, pues, no pasa desapercibida y desde la distancia alguien grita su nombre y corre hacia ella, agarrándola de la manga. Es Shōta.

—¡Midori! Siento muchísimo lo que pasó anoche —Se disculpa, sin darle tiempo a la joven para hablar.

—Tú no tienes que pedirme perdón por nada, Shōta, no fue culpa tuya —contesta Midori.

—¡Pero era a mí a quien buscaban! ¡Era conmigo con quien querían pelear! Maldita sea, ojalá mi abuela no hubiera venido a buscarme expresamente; así no me hubiera visto obligado a irme a casa y, quizás, Sangorō no hubiera recibido tal paliza. Cuando he ido a verlo esta mañana a su casa, el pobre estaba tan furioso que le saltaban las lágrimas. En cuanto a mí, con solo escuchar la historia, me temblaba todo el cuerpo de la rabia. También me ha dicho que el malnacido de Chōkichi te tiró una

sandalia a la cara. ¡Ese desgraciado! Incluso los excesos y la crueldad tienen límites, y él los ha sobrepasado con creces. Pero, por favor, Midori, te ruego que no me guardes rencor. No me fui a sabiendas de lo que estaba ocurriendo, ni mucho menos. Cuando volví a casa con mi abuela me zampé toda la cena en un periquete y, justo cuando ya estaba en la puerta listo para volver a la papelería, mi abuela me dijo que se iba a los baños públicos y que debía quedarme para vigilar la casa. Creo que fue justo entonces cuando se armó todo el alboroto. Créeme, por favor: yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando —Se disculpa el chico como si el que hubiera incurrido en una falta fuera él mismo—. ¿Te duele? —pregunta, mirándole la frente.

Midori sonríe, recuperando parte del buen humor.

—No es nada del otro mundo, descuida —responde. Sin embargo, acto seguido, baja el rostro y evita mirar a Shōta a los ojos, avergonzada—. Shōta, te pediría que no le dijeras a nadie que Chōkichi me lanzó una sandalia a la cara. Si mi madre se entera, seguro que me canta las cuarenta. Ten en cuenta que mis padres jamás me han puesto un dedo encima. Si supieran que un patán

cualquiera como Chōkichi me ha ensuciado la cara de barro, para ellos sería como si me hubieran pisoteado.

—¡Perdóname, por favor! Todo lo que les pasó ayer fue culpa mía. Te pido perdón. Pero, te lo ruego, no estés triste. No sé qué sería de mí si tú también me odiaras.

Mientras hablan, los dos jóvenes se han ido acercando a casa de Shōta.

—¡Ya sé! ¿Te apetece venir a casa, Midori? Ahora no hay nadie. Mi abuela ha salido y estará todo el día recaudando intereses. Cuando me quedo solo en esta casa tan grande me siento triste. Pasa, que te enseñaré los grabados de colores *nishikie* de los que hablamos. Tengo de todo tipo, ya verás. —Shōta mantiene aferrada la manga del *yukata* de Midori con toda la intención de no dejarla escapar, por lo que ella, sin mediar palabra, acepta la invitación.

El viejo biombo corredero de madera que da al jardín se abre con un chirrido. Si bien no es muy espacioso, los tiestos están alineados con gran maestría y las hiedras que cuelgan del alerón de la casa dan una sensación

de frescor al ambiente (seguramente Shōta las había comprado el Día del Caballo en las ya pasadas fiestas de Inari).

Si alguien que desconociera la riqueza de la familia Tanaka se asomara por la puerta, lo más probable es que frunciera el cejo en señal de desaprobación, pese a que la familia que allí mora sea la más acaudalada del barrio. Solo residen dos inquilinos: la viuda y su nieto. La señora Tanaka siempre lleva encima un juego de llaves —¡debe de haber miles y miles!— atado a la faja de la cintura, quizás para refrescarle el vientre. Además, la casa está flanqueada por incontables hileras de habitáculos, así que entre la incapacidad de pasar desapercibida y la cantidad de cerraduras y candados que debe contener la casa, hasta el momento nadie se ha atrevido a entrar a robarles.

Shōta pasa dentro primero y escoge un rincón por donde sopla algo de brisa. Propone a la chica sentarse allí un rato mientras le tiende un paipay de papel para abanicarse. Los modales que tiene, de una madurez tan impropia en un chico de doce años, resultan algo cómicos. Acto seguido, empieza a sacar uno a uno los

grabados que su familia ha guardado desde hace varias generaciones para mostrárselos. Midori los observaba con sumo interés, y Shōta no cabe en sí de dicha.

—Midori, quiero enseñarte una raqueta de ornamentación de hace un montón de años que era de mi madre. Se la regalaron cuando trabajaba para una familia rica. ¿Ves lo grande que es? Y mírale la cara a la mujer del dibujo, ¿no te parece que son distintas a las de ahora? —Shōta suspira y, a continuación, empieza a hablar distraídamente de su familia—. Ojalá estuviera viva. Mi madre, digo. Murió cuando yo tenía dos años. Mi padre sigue vivo, pero tras la muerte de mi madre se volvió a su pueblo natal. Así que ahora en esta casa solo quedamos mi abuela y yo. No sabes la envidia que me das, Midori.

—Vamos, Shōta, que se te mojará el grabado. Los chicos no lloran. —Lo consuela Midori.

—Está claro que soy un llorón. Pero es que de vez en cuando me pongo a pensar en cosas y… Aún doy gracias a que sea esta época del año. Algunas noches de invierno, cuando ya es noche cerrada y me toca ir a hacer las rondas de recolecta por Tamachi, se me caen lágrimas mientras

ando por la ribera. Y no por el frío, precisamente. Ni yo mismo sé por qué lloro en esos momentos, la verdad. Pienso en mis cosas y… Ay, si tú supieras. Hace ya dos años que me dedico a recolectar las cuotas diarias. La abuela ya está algo mayor y no es seguro que ande sola a esas horas de la noche. Además, como ya no tiene buena vista, no ve dónde pone el sello ni está capacitada ya para hacer otros trámites. La abuela ha contratado a un montón de hombres hasta la fecha para que hicieran el trabajo por nosotros, pero dice que, como solo somos una abuela y un crío para ellos, nos toman por bobos y no trabajan como deberían. La abuela arde en deseos de que crezca rápido y me convierta en adulto para hacer que me encargue de la casa de empeños. Le hace una ilusión tremenda poder colgar al fin el cartel de «Casa de Empeños Tanaka» y hacer las cosas bien, no como hasta ahora. La mayoría de gente cree que es una tacaña, pero lo cierto es que si ahorra hasta el último sen[25] es porque lo hace por mí. Si lo piensas, el trato que recibe es muy injusto. Cuando tengo que ir a Tōrishinmachi —supongo que ya sabrás que la gente que vive allí lo pasa realmente mal—, no puedo evitar imaginarme lo que estarán diciendo de la abuela tras mi partida. Cuando pienso en

25 El sen equivale a una centésima del yen.

ello, no puedo evitar que me salten las lágrimas. Supongo que sí, que soy un llorón, al fin y al cabo. Cuando he ido a buscar a Sangorō esta mañana, me lo he encontrado arrimando el hombro. Con la paliza que le dieron ayer seguro que le dolía todo el cuerpo, pero en lugar de compadecerse de sí mismo estaba trabajando como si nada para evitar que su padre sospechara algo. Mientras tanto, yo no he podido ni articular palabra. Por eso digo que no tengo remedio, soy un debilucho; no me extraña que la banda de las callejuelas se burle de mí. —Se lamenta Shōta, avergonzado de su propia debilidad.

Ambos guardan silencio durante unos instantes hasta que sus miradas se cruzan. Los ojos de Shōta entrañan muchas emociones.

—¿Sabes? La vestimenta que luciste ayer para el festival te quedaba como un pincel. No sabes la envidia que me diste —Sonríe Midori, intentando animarle—. Si yo fuera un chico, me gustaría vestir como tú. Créeme, todos los ojos te miraban a ti.

—¿A mí, dices? ¡Te miraban a ti, Midori! Eres preciosa. Mucho más que tu hermana Ōmaki del distrito Yoshiwara; todo el mundo está de acuerdo. ¡Ay! Ojalá

fueras mi hermana mayor. ¡Qué orgulloso me sentiría! No sabes lo que daría por ello. Iría contigo a todas partes, sin importar adónde. Fanfarronearía a todas horas. Como no tengo hermanos… Oye, Midori, ¿querrías hacerte una foto conmigo la próxima vez? Yo podría ir vestido con las ropas del festival de ayer, y tú podrías ponerte uno de tus vestidos más distinguidos, como ese de seda a rayas tan elegante que tienes, ¿qué me dices? Podríamos ir a la tienda de Katō en Suidōjiri. Ya verás qué rabia y celos le entrarán al mequetrefe del templo de Ryūge cuando se entere. Así seguro que por fin monta en cólera. No es de los que se enfadan, pero aunque finja que no le importa, me juego lo que quieras a que le hervirá la sangre. Si es que tiene, porque a veces lo dudo, de lo apático que es. O quizás a lo mejor se reirá, quién sabe. La verdad es que no me importa que se ría de nosotros. Si Katō nos hace una fotografía grande, quizás hasta la use para exponerla en la tienda. ¿Qué pasa, no te gusta la idea? No tienes buena cara…

La cara de Shōta, medio temerosa, medio esperanzada, es todo un poema.

—¿Y si salgo mal? Quizás después no quieras saber nada de mí —dice finalmente, prorrumpiendo en melodiosas risas.

Shōta respira al fin tranquilo al percatarse de que Midori vuelve a estar de buen humor.

El frescor matutino da paso, inexorablemente, al calor veraniego. Como el sol empieza a pegar fuerte, Midori se excusa:

—Shōta, ¿te apetece pasarte por la residencia esta tarde? Podemos jugar con los farolillos mientras buscamos peces. Ya han arreglado el puentecito del estanque, así que es seguro jugar por ahí —Propone Midori.

Shōta observa a la chica levantarse y partir con una sonrisa en los labios. «Pero qué preciosa es», piensa para sus adentros.

CAPÍTULO 7

Tanto Nobu, del templo Ryūge, como Midori, del Daikokuya, acuden a la escuela Ikueisha. Todo empezó a finales del pasado abril, cuando las flores de cerezo caían deshojadas en un suave manto de nieve y las glicinias florecían con todo su esplendor, arropadas por la sombra de los nuevos brotes de hojas verdes. Cada año, en esa época, se celebra el Gran Festival Deportivo de Primavera que tiene lugar en la pradería de Mizunoya. Los estudiantes juegan a saltar o tirar de la cuerda, al lanzamiento de pelota… Lo pasan en grande y se divierten tanto que se olvidan del paso de las horas; cuando despiertan de su efusividad, se dan cuenta con sorpresa de que la noche ya está al caer.

Todo empezó justo uno de esos días, cuando Nobu, en un acto bastante inusual en él, parece perder la compostura habitual. ¿Qué le sucederá? Mientras anda enfrascado en sus pensamientos tropieza con la raíz de un pino que hay en la orilla del estanque y cae de bruces, manos por delante, encima del camino de

almagre fangoso. Las mangas del chaquetón que lleva se le ensucian de la arcilla rojiza. Pobre chico, ¡vaya pintas!

Midori, que en ese momento pasa cerca y lo ha visto todo, va hacia él y saca su pañuelo carmesí de seda.

—Aquí tienes. Límpiate con esto, ¿vale?

No obstante, a raíz de los solícitos cuidados de la chica, entre algunos de los compañeros de Nobu empieza a saltar la chispa de la envidia.

—Caray, para ser un aprendiz de bonzo se le da bastante bien el trato con las mujeres. ¿Han visto la cara de tonto que se le ha puesto a Fujimoto cuando le ha dado las gracias a Midori? A lo mejor tiene la intención de tomarla por esposa, quién sabe. ¿Se lo imaginan? Midori, la célebre casera del Daikokuya, convertida en la figurilla Daikoku, que se encarga de velar por la cocina y el hogar, como buena mujer de un bonzo[26]. ¡Sería algo digno de ver!

---

26 Aquí, Higuchi Ichiyō realiza un juego de palabras con Daikoku, uno de los siete dioses de la fortuna que velaba por los comerciantes y el patrimonio.

Nobu es incapaz de sobrellevar tales presunciones y habladurías. Si llega a sus oídos algún comentario malicioso, no duda en poner mala cara en señal de desaprobación y dar media vuelta. ¿Cómo iba, entonces, a digerir esa incómoda situación si el centro del chisme no era otro que él mismo? Como consecuencia, cada vez que oye mencionar a Midori, Nobu se encoge con bochorno. Solo de pensar lo que dirán sus compañeros —«¿Volverán a sacar el tema?», se pregunta, atormentado— es suficiente para que se le caiga el alma a los pies. No obstante, es consciente de que no conseguirá nada con enervarse, de modo que pretende fingir indiferencia en la medida de lo posible, como si la cosa no fuera con él. Con su habitual semblante serio, lo deja pasar una y otra vez. Si alguien se atreve a encarársele directamente y preguntarle sobre «lo suyo con Midori», Nobu simplemente adopta una cara de desconcierto; le basta una simple respuesta —«No sé de qué me hablas»— para zanjar el asunto. No obstante, pese a su aparente fortaleza, cada vez que sale el tema a colación un sudor frío le recorre el cuerpo entero, tal es su inquietud.

Midori, por su parte, no sabe nada de todo esto y durante un tiempo actúa con total normalidad.

—¡Fujimoto! ¡Fujimoto! —Lo llama Midori con su habitual afabilidad. Tras el colegio ambos jóvenes enfilan el camino de vuelta a casa. Midori, que va unos pasos por delante, se acaba de topar con una flor extraordinaria al borde del camino. Decide esperar a que Nobu, algo rezagado, llegue hasta ella—: ¡Mira qué flor tan bella! ¿No es preciosa? Quería cogerla, pero no llego a la rama. Nobu, tú, que eres tan alto, llegarás sin problemas. ¿Me la podrías coger? Anda, que se supone que los de cursos superiores tienen que ayudarnos.

Midori se lo ha pedido a él, y solo a él, de entre todo el grupo de alumnos mayores con los que se encuentra. Estando frente a frente, además, Nobu no tiene escapatoria ni se ve capaz de negarse y pasar de largo. Pero el joven puede imaginarse lo que se le estará pasando por la cabeza al resto de chicos, así que la única solución que encuentra es agarrar una rama cualquiera que tiene cerca y arrancar sin miramientos la primera flor que tiene al alcance, sin importar si es bonita o fea. Se la tira de cualquier manera sin siquiera detenerse y pasa de largo de la joven a paso ligero.

—Pero ¿de qué va? ¡Será maleducado! —Es lo único que puede musitar la joven, sorprendida.

Después de ese incidente, sin embargo, ocurren otros más de la misma índole. Al final, Midori solo puede llegar a la conclusión de que Nobu se comporta de ese modo adrede. Con el resto de las personas es el mismo de siempre, y solo a ella le reserva ese trato tan cruel y desalmado. Sin duda, es algo personal: si le pregunta algo, le responde evasivamente; si se le acerca, la rehúye; si le dirige la palabra, se muestra irritado. «Todo cuanto hago le molesta o incomoda. Y, por mucho que lo intente, no consigo caerle bien. ¡No es más que un niñito caprichoso! Hay que ser muy retorcido para hacer lo que me está haciendo. ¡Pues allá él! ¡A mí, ni me va ni me viene!».

Midori, harta, lo da finalmente por imposible. Al fin y al cabo, se dice, no hay motivo para dirigirle la palabra si ya no son amigos. Si se lo cruza, Midori no le dirige la palabra a menos que sea estrictamente necesario; si se topa con él en algún lugar, ya no le da ni el «buenos días». Sin saber cómo ni por qué, un gran río se ha interpuesto entre ambos jóvenes, y no hay embarcación ni balsa capaz de remontar esa distancia. Ahora, Midori y Nobu,

cada uno en su lado de la orilla, siguen hacia adelante por distintos caminos, caminos que ya no convergirán.

A partir de la mañana siguiente al festival, Midori no vuelve a reaparecer por la escuela. Sin lugar a dudas, la decisión de la joven se debe a que le resulta imposible, por más que lo intente, borrar la afrenta recibida. Aunque se ha lavado el barro de la frente, la humillación que siente por semejante ignominia no desaparece tan fácilmente. En el Ikueisha, tanto los de la banda de las callejuelas como los de la banda de la calle principal comparten los mismos pupitres. Podrían pensar que en la escuela se comportan como compañeros, pero siempre ha habido una línea indivisible que separa a los dos grupos; nunca entierran el hacha de guerra.

El numerito de la noche del festival ha sido un acto vil, la gota que ha colmado el vaso. ¿Cómo ha podido Chōkichi caer tan bajo como para meterse con una chica que, a todas luces, no era rival para él? La reputación de bruto de Chōkichi es de sobras conocida en el barrio, pero nadie se esperaba que llegara a aprovecharse de la debilidad de una chica de tal forma.

«Está claro que Chōkichi jamás hubiera llegado tan lejos con la emboscada a la banda de la calle principal de no ser porque contaba con el respaldo de Nobu. ¡El bueno de Nobu! Delante de la gente se comporta como si fuera un erudito y se muestra siempre obediente, pero cuando se quita la máscara muestra su rostro de verdad: ¡seguro que fue Fujimoto Nobu quien tiró de los hilos e instigó la trifulca! Pero ¿quién se cree que es? ¿Qué más da que esté en un curso superior, que se le den bien los estudios o que sea el señorito del templo Ryūge? ¡Yo soy Midori del Daikokuya! No le debo nada a nadie, ¡ni un mísero trozo de papel! ¿Cómo osan tildarme de muerta de hambre? ¡Eso sí que no se lo tolero! Me importa un pimiento cuán célebres sean los fieles que contribuyen económicamente al templo Ryūge. Mi hermana Ōmaki tiene clientes que la visitan escrupulosamente desde hace tres años, como el señor Kawa, el banquero; o también el señor Yone, de Kabutochō[27]. Y también está el bajito, el diputado. ¡Estaba tan enamorado de mi hermana que se ofreció a pagarle el *miuke* para liberarla de su contrato y tomarla por legítima esposa! Pero mi hermana se negó porque no le gustaba demasiado su carácter, a pesar

27 Zona del distrito Chuō en Tokio, donde se encontraba la bolsa de valores y una importante zona comercial y económica con gran cantidad de bancos y entidades financieras.

de que ese señor tenía un gran renombre y una buena reputación en la alta sociedad. ¡Y si no me creen, que lo pregunten a quien sea! ¡Que pregunten qué sería del Daikokuya sin Ōmaki! Sin mi hermana, el Daikokuya no es nada. El patrón bien que lo sabe, y precisamente por esto nos trata a mis padres y a mí con especial deferencia. Un día, por ejemplo, mientras jugaba al volante en casa, llegué sin proponérmelo hasta la sala principal, donde el patrón tiene colocado encima del *tokonoma*[28] su apreciada figura de porcelana del dios Daikoku, que vela por todos nosotros. Pues bien, perdí el control del volante y este impactó con un jarrón de flores que había en el *tokonoma*, con tan mala suerte que cayó encima de la figura de Daikoku. La figura quedó bastante quebrada. En ese momento, el patrón estaba en la estancia contigua bebiendo sake. En lugar de regañarme, se limitó a decirme que era una revoltosa sin remedio sin siquiera parar de beber. Si lo hubiera hecho cualquier otra persona, estoy convencida de que le hubiera caído una buena. Las otras sirvientas se morían de envidia. Todo esto es, en suma, gracias a la influencia y autoridad de mi hermana. Mis padres y yo, al fin y al cabo, solo somos los encargados

28 Espacio más distinguido y noble de una sala japonesa tradicional, con forma de nicho o hueco y levemente elevado con respecto al resto del suelo de la sala; suele decorarse con pinturas, caligrafías o arreglos florales.

del dormitorio y de las dependencias. ¡Mi hermana, en cambio, no es otra que la gran Ōmaki del Daikokuya! ¡Un don nadie como Chōkichi no es quién para faltarme el respeto de ese modo! Y en cuanto a ese aprendiz de bonzo del templo Ryūge, ¡allá él! Aún no logro entender cómo tiene la desfachatez de tratarme como lo ha hecho».

A partir de entonces, Midori le coge manía al colegio. Es una chica caprichosa, acostumbrada a que todo el mundo le vaya detrás, y no puede pasar por alto el menosprecio al que ha sido sometida. Rompe los pinceles, tira la tinta y guarda en un rincón sus libros y el ábaco. A partir de ahora, decide, se pasará el día jugando con sus amigos de verdad.

CAPÍTULO 8

A diferencia del habitual bullicio de la vigilia —pues al caer la noche todos acuden frenéticamente al distrito del placer—, cuando salen los primeros rayos del sol solo quedan los recuerdos diáfanos y melancólicos de un sueño truncado que los *jinrikishas* se encargan de llevar lejos, calle abajo.

Algún gran señor llega incluso al punto de encasquetarse el sombrero hacia abajo o cubrirse el rostro bajo la toallita con la clara intención, a todas luces, de rehuir las miradas reprobadoras de la gente. Cuanto más recuerda el amargo y a la vez placentero dolor que le ha supuesto la separación —en especial, el momento en el que la cortesana le ha dado una palmadita de despedida en la espalda—, más grande es la desagradable sonrisa de autosuficiencia reflejada en su rostro. Será mejor que preste atención al enfilar la calle Sakamoto, no vaya a ser que alguno de los carromatos que vuelven del mercado de Senju le dé un buen pisotón. Esta calle principal está sumida en el descontrol (por eso la llaman «La calle de los locos»); no habrás vuelto a la normalidad hasta

haber doblado la esquina del santuario Mishima. Todos y cada uno de los grandes señores que desfilan al alba por el sendero de vuelta a casa lucen una expresión menos resuelta, la excitación de la víspera ya desvanecida. Si me preguntan, les diré que transmiten una aureola de desmotivación y amedrentamiento, quizás por haber caído bajo el influjo del aroma femenino.

De pie junto al cruce, alguien los observa al pasar y no puede evitar comentar con malicia:

—En alguna parte los considerarán señores distinguidos, pero no valen ni un grano de arroz. No es necesario citar la poesía de Po Chü-i de la antigua China, *La canción de la pena eterna*[29], para que se hagan una idea de la inconmensurable supremacía femenina que regenta por doquier en el barrio. De entre estas cabañas de poca monta han surgido bastantes princesas Kaguya[30].

---

29 *La canción de la pena eterna* (*Ch'ang hen ko*, en chino, o *Chōgonka*, en japonés) del poeta chino Po Chü-i (772-846), narra la trágica historia de amor entre el emperador Hsüan Tsung (712-756) y Yang Kuei-fei, una bella cortesana.

30 La autora hace referencia al cuento popular japonés Taketori monogatari (*El cuento del cortador de bambú*).

Yuki, por ejemplo, es una de ellas. Es una mujer bella y con un don especial para la danza. Actualmente, se ha mudado a una de las casas de geishas más refinadas de Tsukiji donde atiende a personajes de gran prestigio. Su nombre significa «nieve», y quizás eso sea un indicador de la aparente inocencia que intenta despertar. ¿Han oído? Justo ahora está en la sala de los tatamis con clientes y pregunta cándidamente: «¿Y de qué árbol sale el arroz?…». ¡Con qué maña finge tener la cabeza llena de serrín! Pero antes de llamarse Yuki, esta muchacha vestía con una larga faja sin nudo y se ganaba unas cuantas monedas organizando timbas de cartas *hanagaruta* en su casa. Antes, todo el mundo la conocía. Pero, al abandonar su barrio, poco a poco ha empezado a caer en el olvido de sus antiguos allegados y ahora ya nadie la recuerda. Y cuando una flor se marchita y cae, otra toma el relevo.

La joven que está floreciendo ahora en el barrio es la hija menor del tintorero, Kokichi. Su nombre se escribe con los mismos caracteres que el famoso parque de Asakusa, su región de origen. Muchos dicen que el local Shintsutaya, en Senzokumachi, donde la joven trabaja, ha recibido una bendición.

Todas las habladurías giran alrededor de ellas y del éxito social que puedan o no tener. A los chicos, en cambio, no se los considera más que mero ganado que rebusca entre montañas de escombros, tal es su utilidad y valía. En el barrio se conoce a este grupito de jóvenes, hijos de meros dependientes, como «los mozos». A partir de los dieciséis o diecisiete años se envalentonan y, como gallos de corral, se juntan en grupos de cinco o siete. Por suerte no se cuelgan las flautas de bambú *shakuhachi* en la cintura (todo el mundo sabe que la gente que lo hace solo pretende imitar a las espadas que antiguamente portaban los samuráis). Pero, no obstante esto, verán que estos mozos se pasean siempre, en calidad de subordinados, con alguna banda cuyo líder se hace llamar por algún mote extraño y disonante. Si observan, verán que todos van con las mismas toallas que hacen las veces de uniforme, blandiendo grandes farolillos a su paso. No tardarán mucho en descubrir el encanto del juego de los dados. Mientras, se contentan con hacerse los graciosos delante de las celosías de los burdeles, al otro lado de las cuales se encuentran las cortesanas. Aunque por el momento aún les falta soltura y práctica verbal para estar a la altura de esas mujeres.

No importa la entereza con la que un mozo se entregue al negocio familiar durante el día: después de acudir a los baños públicos, al anochecer, se calzará los chanclos de madera de cualquier manera y se enfundará en un típico kimono de mangas estrechas en un abrir y cerrar de ojos. Solo tienen un pensamiento entre ceja y ceja: «¿Dónde está? ¿En qué local está la nueva chica de la que todo el mundo habla? Ahí está. Le da un aire a la hija del dependiente de la tienda de hilos de Kanasugi. Aunque esta tiene la nariz más chata».

Tienen la cabeza llena de pájaros. Van de burdel en burdel intentando arrebatarles los cigarrillos a las cortesanas para dar una calada, implorándoles que les den un pañuelo de papel o jugando a intercambiar palmaditas. ¡Bien hecho! Está claro que estos mozuelos comprenden a la perfección lo que hay que hacer para forjarse un nombre y ser alguien el día de mañana. Desgraciadamente, aunque algunos de estos mozos sean hijos de familias honradas, más de uno terminará por cambiarse el nombre y convertirse en un pícaro que solo vive para buscar peleas delante de la Puerta Grande que marca la entrada al distrito de Yoshiwara.

Ay, ¡de cuánto poder gozan estas mujeres! No será necesario que me explaye más, supongo. El bullicio de Yoshiwara no descansa en todo el año, ni en primavera ni en otoño. Cuando el cliente oye el familiar y melodioso repiqueteo de las sandalias de madera —¡*cloc-cloc!*, ¡*cloc-cloc!*— proveniente de la criada que, farolillo en mano (aunque esto ya no se estile demasiado), acude en su búsqueda para guiarle hasta el burdel, se le dibuja en el rostro una sonrisa de anticipo. ¡Contemplen! Parece que flote de la dicha que lo envuelve. Si cogen a uno de estos hombres por banda y les preguntan qué andan buscando exactamente, les dirá lo siguiente:

—¡Ah! Los cuellos rojos del kimono, el peinado *shaguma*, el largo del dobladillo de la camisola, las sonrisas radiantes o esas miradas afiladas… No sabría decirte qué es lo que me gusta más. Pero… ¡Ay, las *oiran*! ¡Las *oiran* sí que son dignas de ver! Son la flor y nata de estos lares. Aunque, claro, si nunca has estado ahí dentro, si jamás has visto a una, no lograrás entenderlo…

¿Qué tiene de estrafalario que la tela blanca del cuello se tiña de carmesí? Midori está de sobra acostumbrada a este ambiente, pues vive sumergida en él desde la mañana

hasta la noche. Los hombres no le dan ni pizca de miedo y no la intimidan en absoluto. De hecho, tampoco considera que el oficio de las cortesanas sea algo rastrero. A estas alturas, a Midori le resulta muy lejano, como un sueño disipado por el tiempo, el día en que despidió a su hermana mayor, a lágrima viva, cuando esta dejó el pueblo para irse a Tokio. Ahora, no obstante, gracias al éxito de su hermana, puede encarnar la figura del amor filial y retornar con creces todas las deudas que había contraído para con sus progenitores. ¡Cómo la envidia Midori! Pero es evidente que la muchacha ignora las penalidades y tristezas a las que debe estar sometida su hermana a fin de retener su privilegiada posición. Para Midori, más que trucos banales, todo es un juego: los chillidos de ratón que imitan las cortesanas para atraer clientes, las palabras mágicas que pronuncian desde detrás de la celosía para embelesarlos, el secreto de la palmadita a la espalda en el momento de la despedida… Incluso dominaba el lenguaje peculiar que se hablaba dentro del distrito y no dudaba en utilizarlo fuera del recinto, sin mostrar ni un ápice de turbación.

Lo cierto es que estoy algo desconcertada, pues Midori no deja de ser una chica de trece años. Si la vieran

jugando con sus muñecas, abrazándolas y arropándolas en sus mejillas, no la distinguirías de una señorita de buena cuna. Todo cuanto sabe sobre lecciones de moral y economía doméstica lo ha aprendido en la escuela. Las habladurías que escucha día y noche hacen más mella: que si fulanito me gusta, que si ese otro no, que a ver qué casa de té había recibido el vestido de noche más lujoso para su *oiran*[31]… Como pueden imaginar, a los ojos de una jovencita, todo lo que brillaba y era colorido quedaba grabado en su retina, y todo lo que no resaltaba no merecía su consideración. Midori aún es demasiado joven para juzgar a la gente e, incluso, para entenderse a sí misma. Su temperamento infantil le impide ver más allá de la bella flor que tiene ante sus narices; el esplendor la ciega. Por naturaleza, Midori tiene un carácter competitivo y obstinado que detesta perder, y la joven les da rienda suelta a esos sentimientos. Por consiguiente, con ese temperamento le resulta fácil construir castillos de arena.

31 En los antiguos burdeles era costumbre que un cliente habitual o patrón le regalara en fechas concretas a su cortesana un juego de ropa de cama que, después, los burdeles colocaban en la entrada para que todo el mundo pudiera observar la grandeza de la *oiran* de la casa.

Al amanecer, los grandes señores desfilan por la «calle de los locos» y la «calle de los sonámbulos» de camino a casa y abandonan Yoshiwara. Un día más ha llegado la hora de cerrar el negocio. Los trabajadores del recinto dormirán hasta tarde, aunque si deciden dar un paseo por aquellas horas, encontrarán a otros que, rastrillo en mano, se dedican a dibujar las típicas ondas concéntricas en los jardines de piedra de la entrada de sus respectivos recintos o a rociar con agua las calles a conciencia.

Mas aguarden. Acaban de aparecer nuevos personajes desfilando por la calle principal del barrio.

—¡Ya vienen, ya vienen!

Provienen de las zonas de Mannenchō, Yamabushichō y Shintanimachi. Como conocen algunas triquiñuelas y saben hacer algún que otro truco, en el barrio los denominan «artistas». Hay de todo tipo: vendedores ambulantes de chucherías («¡Los mejores dulces y caramelos!», pregona un vendedor al andar para atraer clientela), acróbatas, titiriteros, músicos. ¡Y los bailes! La danza Sumiyoshi, con sus bailarines vestidos de blanco que rodean al maestro de ceremonias, quien, a su vez, les marca el ritmo con su parasol; y la danza del león

Kakubei en la que los niños se ponen máscaras de león y bailan al ritmo de tambores. Sus ropajes son estrafalarios y los hay para todos los gustos: de crepé de seda, de seda pura (estos sí que se preocupan por su aspecto); aunque también los hay de cotón Satsuma, desgastados ya de tanto usarlos y lavarlos, pese a estar ceñidos con esmero mediante un estrecho *obi* de satén negro. Hay un buen puñado de mujeres bellas y hombres atractivos. Andan en grupos de cinco, siete o hasta diez personas, aunque también pasa un viejo solitario que lleva bajo el brazo un *shamisen* bastante desbaratado. Si se fijan, verán también una niña de cuatro o cinco años a la que le han hecho llevar las mangas del kimono recogidas con unos cordeles rojos para poder bailar la danza Kinokuni.

Durante el día, todos se apresuran hacia el distrito para vender su arte y oficio a clientes rezagados que buscan consuelo o a alguna cortesana melancólica. Todos y cada uno de ellos son conscientes de que si entran a Yoshiwara tendrán éxito asegurado. Es probable que no tengan ni un minuto de descanso en todo el día; y, evidentemente, eso les beneficiará mucho en la vertiente económica. El dinero manda. Nadie malgasta ni un instante entreteniendo a los habitantes del barrio:

saben de sobra que ahí no harán negocio. Incluso el desesperado pordiosero, con sus harapos y su dudosa reputación, traspasa la entrada del recinto Yoshiwara sin mirar atrás.

Justo entonces, una bella juglar pasa por delante de la papelería. Lleva el rostro escondido debajo del típico gorro cónico de paja de modo que solo muestra las mejillas, sonrosadas y delicadas. Mientras pasa de largo entona con una melodiosa voz una canción popular.

—¡Vaya! ¿Es que nunca nos dejará oír la canción entera a nosotros? Siempre nos dejan con la miel en los labios… —farfulla la mujer del propietario de la papelería.

Midori, que justo acaba de volver de los baños públicos, se encuentra sentada enfrente de la tienda, observando el ir y venir de la gente, mientras se peina el flequillo con el peine de madera de boj.

—¡No se preocupe! —responde la chica—. Ahora mismo la traigo de vuelta.

Midori echa a correr tras la juglar y, cuando finalmente le da alcance, le agarra la manga del kimono y desliza algo dentro. Aunque le preguntan qué le ha dado, la chica sonríe y guarda silencio. A cambio, Midori le hace cantar la trágica canción de Akegarasu, que narra el suicidio por amor de una cortesana. La juglar la complace con total naturalidad y empieza a entonar la melodía.

—Estaré encantada de volver a actuar bajo su cuidado —dice, ya finalizada la canción, con voz aterciopelada.

En la calle, un grupo de gente que ha presenciado lo ocurrido comenta con perplejidad lo que acaba de ocurrir:

—No me lo explico. Uno no puede percibir los servicios de una juglar así como así.

—Lo veo y no lo creo. ¿Y esto ha sido gracias a una simple chiquilla?

No es de extrañar, pues, que mientras la juglar recitaba la canción, todos los rostros observasen a Midori en lugar de a la mujer.

—¿Acaso no es extraordinario? —Le comenta Midori a Shōta en voz baja—. Esto de parar a artistas mientras pasan por aquí, digo. ¡Ay, el son del *shamisen*! ¡El silbato de la flauta! ¡El ritmo del tambor! Me ha encantado hacer bailar y cantar a alguien a mi antojo… Quiero hacer cosas que nadie más hace.

Shōta se la queda observando, atónito.

—Pues a mí no me ha gustado el numerito.

CAPÍTULO 9

«Y de esta forma he escuchado el cántico de la luz inconmensurable de Buda». El cántico viaja en perfecta armonía junto con la suave brisa que sopla del pinar. Debería ser capaz, en principio, de despejar la polvareda que se esconde en los recovecos del corazón, a todas luces. No obstante, de la cocina del templo llega una llameante humareda (alguien está cocinando pescado a la brasa, al parecer) y, por si fuera poco, en el cementerio anexo hay pañales tendidos por doquier. Desde el punto de vista religioso no se está cometiendo ninguna ofensa, por supuesto, pero a ojos de aquellos que aún consideran que la figura de un representante budista debería entrañar más moderación por los placeres terrenales, la imagen que transmite el templo Ryūge diverge bastante de sus ideales.

¿No creen que sea curioso que tanto el bolsillo como la panza del abad del templo Ryūge se hayan inflado simultáneamente de tal manera? También me resultaría difícil, si me lo pidieran, escoger algún vocablo adecuado para describir su tono de piel. El cutis de la cara no es

de un color rosado como la flor del cerezo, ni de un rosa chillón como el de la flor del melocotonero, sino más bien de un color bermejo equiparable al fuego de las brasas de la cocina. Desde la cima de la rasurada coronilla hasta la nuca no encontrarán ni una zona sin mácula: su testa brilla como una reluciente moneda de cobre. Todo él transpira salud y dicha. Aunque, eso sí, quizás se lleven un buen susto cuando lo escuchen prorrumpir en desinhibidas carcajadas (¡observen cómo se elevan sus pobladas —y algo canosas— cejas!). Tal es su frenesí que no me extrañaría que la estatua del Buda Amida del edificio principal del templo se cayera al suelo del sobresalto.

La joven esposa del abad —rondará los cuarenta y pocos— es una mujer de tez pálida y melena suave y brillante recogida en un moño *marumage* poco llamativo. No puede decirse que no sea agraciada. Siempre se muestra cordial y agradable con el resto de los feligreses. La florista de delante del templo, de lengua suelta y algo viperina, se guarda de hablar blasfemias sobre ella. Me pregunto cómo se ha ganado su simpatía. ¿Se deberá a los ropajes usados o a las sobras de la comida diaria que la buena mujer le entrega?

Antes de convertirse en la mujer del abad era una feligresa como cualquier otra adscrita al templo. Pero su marido se le murió temprano y, desvalida, se ofreció a realizar tareas de costura a cambio de que le permitieran cobijarse en el templo durante un tiempo. A no mucho tardar empezó a encargarse de la ropa y a tomar las riendas de la cocina. Era tan trabajadora que incluso ayudaba al grupo de hombres a limpiar el cementerio adjunto del templo. Al cabo de un tiempo, el compasivo abad hizo cuentas y llegó a la conclusión de que le interesaba conservarla, de modo que se apiadó de la pobre viuda y tuvo a bien acogerla.

Por su parte, ella era plenamente consciente de que les separaba un abismo de veinte años, algo inconcebible, y sospechaba que la naturaleza de la invitación se debía a varios motivos. Pero, al fin y al cabo, no tenía otro lugar adonde ir. Al final, decidió que aquel sitio podía ser tan bueno como cualquier otro para finalizar sus días en paz. Con el tiempo aprendió a ignorar las miradas reprobadoras de la gente. Sí, en efecto, era un comportamiento algo censurable, pero la mujer tenía tal corazón de oro que los feligreses, rendidos ante su benevolencia, terminaron por hacer la vista gorda y

aceptarla. Cuando se quedó embarazada de O'Hana, su primogénita, uno de los feligreses del templo, un comerciante de aceite de Sakamoto ya retirado, se ofreció en calidad de intermediario —ya ven, ¡un comerciante haciendo las veces de casamentero!— y, ante la insistencia de su honorable ofrecimiento, finalmente formalizaron su relación.

Nobu, el hijo menor, también había nacido del mismo vientre, aunque nadie lo diría. Mientras Nobu es el paradigma del raciocinio, un joven introvertido que se pasa el día encerrado tras las paredes de su habitación, su hermana mayor, O'Hana, es todo lo contrario. Posee un cutis digno de alabanza y una barbilla pequeña y algo regordeta que resulta adorable. Pese a no ser una gran belleza, se encuentra en la flor de su juventud y, consecuentemente, no le faltan pretendientes. Todavía le falta experiencia, pero aun así resulta una lástima no sacar tajada de su encanto. Sin embargo, aunque el padre comparta esta opinión, difícilmente puede permitir que la hija del abad se convierta en geisha; la gente se llevaría las manos a la cabeza. Quizás llegará el día en que veamos a Buda tocando las cuerdas del *shamisen*, pero hasta entonces es mejor que preste atención a la opinión

de los feligreses. De modo que lo que ha hecho es poner una tienda de té bien mona en la calle Tamachi para que O'Hana, situada estratégicamente detrás del enrejado del mostrador a la vista de los transeúntes, despache dulzura y sonrisas a diestro y siniestro. La clientela de mozos, a los que les trae sin cuidado el peso de las hojas de té o su desorbitado precio, acude en tropel a todas horas. Los jóvenes muchas veces se pasan, además, sin ningún motivo aparente, y raro es el día en el que el local cierre antes de que se escuchen las doce campanadas nocturnas del templo.

Más atareado anda el abad: recogiendo las recaudaciones, vigilando la tienda de té, preparando los cantos y ritos fúnebres… Sin olvidar que unas cuantas veces al mes debe preparar las prédicas. ¡Pobrecillo! Cuando no ojea las cuentas de la libreta, se prepara la lectura de los sutras.

—A este paso mi cuerpo no aguantará mucho más… —Se lamenta mientras se sienta encima de su estera favorita con un estampado de flores en el pasadizo exterior que da al jardín. Se ha remangado una de las mangas de la túnica y, abanicándose, muestra medio

torso al descubierto mientras bebe sake de Okinawa. La taza (o, más bien, tazón, por sus dimensiones) está llena a rebosar. Al tratarse de un aguardiente fuerte, al poco rato pide el acompañamiento. Su plato favorito no es otro que anguila a la brasa con salsa de soja.

—¡Ve a la calle principal, a la pescadería Musashi, y tráeme unas cuantas broquetas de anguila, anda!

El encargo no va dirigido a otro, sino a Nobu, su recadero predilecto. La conducta de su padre le saca de sus casillas, pero siempre obedece. Una vez más, se dirige hacia la tienda sin apartar la vista de los pies, cabizbajo, hasta que de pronto escucha las risotadas de algunos chicos y chicas provenientes de la papelería, que justamente queda al otro lado de la pescadería. «¿Se estarán riendo de mí?». Avergonzado, se hace el desentendido y decide pasar de largo en primera instancia. Desde la esquina, escondido, comprueba que nadie lo esté mirando y se cuela de un salto en la pescadería. ¡La vergüenza que estará pasando! Imagínense cómo debe de sentirse, el pobre. No es de extrañar que haya jurado que jamás de los jamases probará ese pescado apestoso.

El bueno del abad tiene un carácter algo campechano, por así decirlo, aunque algunas voces critican que quizás sienta demasiado apego por el mundo material. No obstante, el abad es impermeable a los chismorreos; no es de los que se dejan amedrentar por cuatro palabritas de nada. ¿Qué mal hay en trabajar a destajo? Si le sobrara algo de tiempo, incluso podría poner una paradita para vender los famosos amuletos *kumade*… «Oye, ¿y por qué no?». Dicho y hecho: el año pasado, cuando llegó el Festival del Gallo en noviembre puso a su señora esposa, con la típica toallita atada en la cabeza, al frente de un tenderete de ornamentos para el pelo justo delante de la entrada del templo, en un pequeño descampado.

—¡Bellos ornamentos de la buena suerte! —pregonaba la mujer para atraer a clientes incautos.

En un primer momento estaba avergonzada de su propio comportamiento, pero cuando supo que el resto de los comerciantes del barrio tenían negocios similares y que funcionaban la mar de bien pronto se le pasaron los nervios y la vergüenza. De todas formas, le seguía pareciendo algo inapropiado que todo el gentío de feligreses y transeúntes vieran a la mujer del abad como

vendedora ambulante, por lo que le pidió a la florista que le echara una mano con el tenderete durante el día. Pero después del anochecer, la cosa ya era otro cantar: al fin y al cabo, de noche resultaría más difícil que alguien la reconociera. No tardó en encontrarle la gracia a la faena. Parece que entró bastante bien en el papel de dependienta; ojalá la hubieran visto, de pie y gritando a pleno pulmón: «¡Una ganga, una ganga!» para llamar la atención de los clientes, sin siquiera darse cuenta de su efusividad. De un día para otro pasó del recato a la avara codicia. Y los clientes, empujados por la muchedumbre, no eran menos; apabullados por la multitud, parecía que estaban fuera de sí mismos, olvidándose de que, tan solo dos días atrás, habían acudido al templo como feligreses a rezar para poder reservarse un pasaje al más allá.

—¡Setenta y cinco sen por tres ornamentos! —La mujer lanzaba ofertas sin parar.

El comprador no se dejaba escarnecer. Aún había margen para el regateo.

—¿Qué tal tres ornamentos por setenta y tres sen?

En fin, ¿qué les digo? Cada uno se gana la vida como puede, pese a hacerlo mediante chanchullos poco escrupulosos. Pero Nobu se tomaba esa deshonra muy a pecho. Aunque ese peculiar negocio familiar no llegara a oídos del resto de feligreses, no podía evitar pensar en lo que estarían pensando los habitantes del barrio. ¿Y si algún extraño rumor llegara a oídos de sus amigos y compañeros de colegio?

—Parece ser que el templo Ryūge ha puesto un tenderete de amuletos. ¿Y saben qué es lo mejor? ¡Que la dependienta es la madre de Nobu! Tendrían que haberle visto la cara, toda roja por los gritos y las ganas de vender. ¡Parecía una chalada!

Solo de imaginarse esos posibles comentarios, Nobu se encoge de la vergüenza.

—Padre, ¿no cree que sería mejor cerrar el tenderete? —El joven intenta sembrar la duda en la mente del abad en cuanto tiene ocasión.

—Anda, cierra el pico —Le responde entre risotadas, sin siquiera dignarse a tomarse en serio los consejos de su hijo—. Qué sabrás tú de cómo funciona el mundo.

Así es el abad. Por la mañana, prepara las plegarias *nenbutsu* y, por la tarde, se dedica a hacer cuentas con el ábaco. El hombre disfruta de su estilo de vida, está claro. Pero Nobu, por su parte, no puede evitar pensar que, detrás de la sonrisa indulgente de su padre, se esconde un hombre mezquino y deplorable. «¿Por qué diantre se rapó la cabeza?». Por mucho que le pese, lo detesta.

Se ha criado en un hogar plácido con sus padres y su hermana, sin la interferencia de terceros. A primera vista, no parece que haya ningún motivo por el cual se haya vuelto un chico tan taciturno y pesimista. Pero si tenemos en cuenta que ya es calmado y tranquilo de por sí, y si encima la gente hace siempre oídos sordos a cualquier cosa que dice, no me extraña que el pobre chico sea como es. Entre la conducta de su padre, el desenfreno de su madre y la educación de su hermana… Solo él tiene la sensación de que no están a la altura de las circunstancias, mas cuando intenta sacar el tema a colación nadie le presta atención. Al final, el joven siempre capitula, desalentado. ¡Qué injusto le parece todo!

Sus compañeros lo toman por un excéntrico debido a su carácter meditabundo; creen que detrás de su silencio se esconde malicia. Pero lo cierto es que el corazón de Nobu es tan frágil que al mínimo signo de tempestad ya hace aguas; en el fondo es un cobarde. Si llegara a escuchar a alguien chismorreando sobre él, le faltarían agallas para encarársele y decirle que se largara a no ser que quisiera vérselas con él. Lo más probable es que termine por encerrarse en su habitación para no enfrentarse a nadie. Es un cobarde de cabo a rabo.

Como los estudios le van viento en popa y tiene una posición social nada envidiable para muchos, nadie se figura que, en el fondo, es un gallina. Levanta envidias allí donde va, de modo que de vez en cuando no es extraño que alguien lo critique.

—Nobu, del templo Ryūge, es como un dulce de arroz medio hecho: blando por fuera y, por dentro, duro como una piedra.

CAPÍTULO 10

La noche del festival mandaron a Nobu que fuera a la tienda de té de su hermana, en Tamachi, y no volvió a casa hasta la mañana siguiente. Así pues, el joven no pudo imaginarse, ni en sueños, todo el jaleo que se había armado en la papelería. No fue hasta la mañana siguiente cuando, por boca de Ushimatsu, Bunji y los otros, tuvo constancia de lo ocurrido. La brutalidad de Chōkichi ha vuelto a sorprenderle, pero el daño ya está hecho. Llegados a este punto, por mucho que quiera, no puede dar marcha atrás. Encima, por si fuera poco, se siente profundamente contrariado por el hecho de que Chōkichi haya utilizado su nombre para imponerse; pese a que él no ha sido partícipe en la trifulca, se siente responsable de cara a los damnificados. Chōkichi, por su parte, debe ser consciente de que se ha pasado de la raya porque durante los siguientes tres o cuatro días no se ha dejado ver ante el hijo del abad; lo más probable es que Chōkichi tema lo que Nobu le va a decir cuando lo vea. Cuando considera que los ánimos están más calmados, finalmente acude al templo Ryūge para explicarse:

—Sé que seguramente estarás enfadado conmigo, Nobu. Sí, se me fue de las manos, lo admito, pero tienes que perdonarme. ¿Cómo íbamos a saber que tú estarías fuera y que Shōta no estaría en la papelería como siempre? Créeme, Nobu, mi intención no era escarmentar a esa bruja ni moler a golpes a Sangorō, de verdad. ¡Pero entiéndeme! Tras hacer una entrada triunfal en la papelería, blandiendo los farolillos para intimidar más, ¿cómo pretendías que nos largásemos como si nada, con el rabo entre las piernas? Entre una cosa y otra nos envalentonamos y… Bueno, ya sabes como terminó la cosa. Solo quería darles una lección para que sepan quién manda, nada más. Yo soy el responsable, la culpa es toda mía. Tendría que haberte hecho caso, lo sé, y no sabes cuánto lo siento. Pero, piénsalo, ¿qué pensará el resto si ahora pareces disconforme con nuestros actos? Ahora ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Te lo suplico, no nos des la espalda ahora. Gracias a tu respaldo, la banda de las callejuelas ha podido surcar las calles del barrio como si fuese montada encima de un gran buque. Si nos dejas de lado, Nobu, será nuestra perdición. Aunque no estés de acuerdo con lo que pasó el otro día, continúa siendo nuestro almirante, por favor. ¡Te prometo que no volverá a pasar!

Ante la aparentemente sincera disculpa de Chōkichi, Nobu no puede reunir fuerzas para negarse y darle la espalda.

—De acuerdo —Cede el joven, no sin antes dictaminar sus términos y poner cada cosa en su sitio—. Ahora ya no podemos cambiar lo que ha pasado. Pero se acabó lo de maltratar a los más débiles. ¿No ves que lo único que haríamos sería traer deshonra a nuestros nombres? Dejen en paz a Sangorō y a Midori, ¿entendido? Si Shōta viene a por la revancha con otros amigos, entonces decidiremos qué hacer. Pero que quede bien claro: no volveremos a ser nosotros los que empiecen la refriega.

Por la magnitud de lo ocurrido, el chaparrón que le ha caído a Chōkichi no ha sido nada del otro mundo. Quizás, consciente de que ha perdonado demasiado pronto a ese revoltoso, Nobu no puede evitar hacer unas plegarias, angustiado, a fin de que no vuelva a repetirse algo parecido.

Quien ha salido peor parado de la situación es Sangorō de las callejuelas, que no tiene la culpa de nada. Lo han molido a golpes y patadas y, por culpa de la paliza, le duele el cuerpo entero. De hecho, durante los dos o tres

días siguientes tiene dolores a todas horas, tanto si está de pie como sentado. Su estado no pasa desapercibido a ojos ajenos: cada tarde, cuando su padre, Tetsu, se dedica a pasear el *jinrikisha* vacío entre las cincuenta casas de té del recinto de Yoshiwara, algún que otro conocido siempre termina por preguntarle por su chico:

—Oye, ¿qué le pasa a Sankō? Últimamente no trae muy buena cara… —Esta vez es el propietario de una tienda de comida a domicilio el que le llama la atención, casi acusándolo. Tetsu, por su parte, asiente con complacencia y le da la razón. Es imposible discutir con él.

Al padre de Sangorō se le conoce en todo el barrio como Tetsu, el Encorvado, pues siempre se dirige con máxima deferencia a los que están en un escalafón social superior al suyo. Sin olvidar la pertinente reverencia, su rostro siempre mira hacia abajo. La deferencia y zalamería que muestra para con los poderosos propietarios de las casas de té del distrito es abrumadora, y no es menor la consideración con la que trata al arrendatario de la casa o al propietario del terreno donde esta se erige. Nunca se atrevería a llevarles la contraria, por muy inverosímiles que fueran sus peticiones. Con un padre así, pues,

difícilmente podía Sangorō sincerarse y explicarle que Chōkichi le ha propinado una paliza.

—¿Y qué más da eso ahora? —Le respondería Tetsu, sacando fuego por la boca—. ¿No te das cuenta de que Chōkichi es el hijo de nuestro arrendador? Me da igual si tú no tienes la culpa o si él ha empezado, ¡no puedes plantarle cara a Chōkichi, y punto! Anda, tira para su casa y pídele perdón, ¡deprisa! Será posible, ¡qué hijo tan inútil!

Así pues, Sangorō decide guardar silencio. El pobre no soportaría la humillación de tener que pedirle perdón a ese bruto (y tiene por seguro que su padre no descansaría hasta que se disculpara). De este modo, decide morderse la lengua y dejar pasar siete o diez días.

Con el tiempo, las heridas le han ido sanando y se ha ido olvidando de la humillación que sufrió. Ahora se dedica a hacerle de canguro al hijo menor del arrendador, el hermano pequeño de Chōkichi, por dos míseros sen de propina (aunque tendrían que ver lo contento que está). Mientras se pasea por todos lados cargando al niño a su espalda, le canta una nana: «A dormir, chiquitito, a dormir». ¿Cuántos años tiene Sangorō?, se preguntarán.

Pues ronda ya los quince y, pese a que debería encontrarse en pleno fervor adolescente, no se inmuta en lo más mínimo cuando sale a la calle principal a pasearse con el bebé a cuestas. Shōta y Midori, sin poder evitarlo, suelen meterse con él:

—¿Dónde has dejado la hombría, Sangorō?

Pero, pese a las bromas, nunca se olvidan de invitarlo a jugar con ellos.

En primavera dan comienzo las grandes fiestas, empezando por la observación tradicional de flores de cerezo. A mediados de verano, durante el O'Bon, tiene lugar la fiesta de farolillos en memoria de la célebre cortesana Tamagiku[32]. A no mucho tardar le precede el festival de otoño de Niwaka. El recinto queda engullido por los *jinrikisha* que vienen y van sin descanso. Si se detienen en la calle principal de Yoshiwara, verán que en el espacio de diez minutos pasan hasta setenta y cinco carruajes. Cuéntalos, no les miento.

No obstante, ahora, tras la segunda ronda del festival, los ánimos empiezan a calmarse. Poco a poco empiezan a

32 Las fiestas del O'Bon (o la fiesta budista de los difuntos) son, junto con las de Año Nuevo, las celebraciones más importantes en Japón.

verse libélulas rojas revoloteando encima de los arrozales. En poco tiempo volverá a sonar el canto de las codornices en el canal de Yokobori. El viento que sopla por la mañana y por la noche es cada día más frío y empieza a calarse hasta los huesos. Los inciensos para repeler mosquitos de la tienda Jōsei dejan paso a las cenizas caloríferas de bolsillo.

Ahora solo llega a mis oídos el solitario sonido de la rueda de molino de la tienda Tamura de galletas saladas *senbei*, en Ishibashi, encargada de moler la harina de trigo. El tictac del gran reloj de Kadoebi repiquetea, en cierta manera, de un modo melancólico. El paso de las estaciones sigue su curso. A finales de otoño verán el resplandor de las incansables hogueras del cementerio en Nippori. Las columnas de humo se alzan, tétricas, rememorando el paso de las almas de este mundo al otro. Mientras sigo mi camino por el sendero junto a la ribera que bordea por detrás las casas de té de Nakanochō, me llega desde el cielo el son de las cuerdas pulsadas del *shamisen*. Al mirar arriba observo que la artífice de esa melodía es una geisha. Los versos de la canción que entona —«Nuestro efímero lecho de amor…»— están llenos de emociones truncadas.

En esta época del año, cuando se acerca el invierno, el flujo de la clientela se desvanece poco a poco. Ya no pasan tantos clientes alocados por aquí. Los hombres, más dados al libertinaje en épocas de calor, se vuelven recatados e incluso más honestos. O al menos eso me cuenta una mujer que solía trabajar en el distrito del placer. Pero tampoco quiero centrarme mucho en este tema, no querría hacerme pesada. Piensen que en lugares así hay mucho margen para habladurías más sonantes. Les hablaré, por ejemplo, del último acontecimiento del que tengo constancia: la masajista invidente que vivía en Daionjimae, que tendría unos veinte años a lo sumo, tuvo la mala suerte de tener un amor no correspondido. Tras juntar su pena con la impotencia de su invalidez, la joven se tiró al estanque de Mizunoya.

—¿Nadie sabe nada de Kichigorō, el verdulero, y de Takichi, el carpintero? Nadie los ha visto desde hace tiempo. A ver si les ha pasado algo… —Se pregunta un vecino del barrio. La gente empieza a murmurar: «Pues ahora que lo dice…».

—Están entre rejas —responde otro convecino mientras se señala la nariz con el dedo[33]. Desgraciadamente, nadie parece conocer a ciencia cierta los detalles del suceso, por lo que ningún vecino podrá seguir dándole cuerda al rumor.

Si cruzan la calle mayor, encontrarán a un grupo de tres o cinco niñas que hacen un círculo cogidas de la mano mientras entonan una inocente canción:

«Florecen
y florecen,
¿pero qué flores son?».

Juegan abstraídas sin alzar demasiado la voz. Poco a poco sus canciones quedan engullidas por el silencio y lo único que oirán es el ruido constante de las ruedas de los incontables *jinrikisha* en el recinto Yoshiwara.

Al caer la noche, la llovizna otoñal cae sin tregua —¿hasta cuándo durará?— y, junto con las ráfagas de viento, impregna las calles de una tristeza fría y lóbrega. No se ve ni un alma por la calle, de modo que no es

33 El término en el original es *hanafuda*, un juego de cartas tradicional japonés. Esta palabra está compuesta por el carácter *hana* («flor»), cuyo homófono *hana*, escrito con otro ideograma, significa «nariz».

de extrañar que en la papelería no esperen que se pase ningún cliente hoy. La mujer del propietario ha cerrado la puerta principal de la tienda desde primeras horas de la noche. Entre los inquilinos de la tienda están, como de costumbre, Midori y Shōta, que se entretienen jugando con unas canicas de conchas junto con otros niños de menor edad. Es de lo más enternecedor verlos hacer cosas de niños para variar. De repente, Midori aguza el oído.

—Vaya. ¿Habrá venido un cliente a comprar algo? —pregunta la chica—. Me ha parecido escuchar el sonido de pasos encima de los tablones de madera del alcantarillado que hay en la entrada…

—¿Ah, sí? Yo no he oído nada —responde Shōta interrumpiendo el recuento de conchas—. ¡Quizás ha venido alguien más de la banda! —Ante la posibilidad, la cara se le ilumina de excitación.

Sea quien fuere, alguien se ha quedado de pie delante de la entrada, pero ya no se oyen pasos. Parece que al desconocido se lo ha tragado la tierra.

CAPÍTULO 11

Shōta abre la portezuela que hay junto a la puerta principal:

—¡Te pillé! —grita mientras saca la cabeza hacia fuera y entrevé una solitaria silueta que se aleja arrastrando los pies a dos o tres casas de distancia—. ¿Quién va? ¿Quieres entrar? —exclama mientras se calza a medias con las sandalias de Midori. Justo cuando Shōta está a punto de echar a correr detrás del desconocido a pesar de la lluvia, se para en seco—. Ah, es él.

Shōta da media vuelta y entra en la papelería.

—Aunque lo llamemos, no vendrá, Midori. Es él.

Shōta se pasa la mano por la cabeza emulando el corte raso que lucen los monjes.

—¿Era Nobu? —pregunta Midori—. ¡Ese monje de pacotilla! Seguro que ha venido a la papelería para comprar algo, pero al oír nuestras voces y escucharnos a

hurtadillas ha decidido dar media vuelta con el rabo entre las piernas. Es el tipejo más pérfido y sin agallas que he conocido. ¡Una sabandija! ¡Tartamudo, desdentado! ¡Es despreciable! ¡Ay, ojalá hubiera entrado para que le diera un buen escarmiento! Devuélveme una de las sandalias, que quiero echarle un vistazo.

Midori toma el lugar de Shōta y saca la cabeza por la puerta, mojándose ligeramente el flequillo por las gotas de lluvia que caen del alero.

—¡Qué rabia me da! —dice al tiempo que estira el cuello para poder observarlo mejor. A cuatro o cinco casas de distancia y sosteniendo un farolillo de gas, se encuentra la inconfundible figura de Nobu, que, sujetando en el hombro de cualquier manera un paraguas *daikoku*, se aleja paulatinamente con un andar sombrío y triste.

Midori se queda observándolo largo y tendido, posando su mirada fijamente en la espalda del chico.

—Midori, ¿qué te pasa? —Le pregunta Shōta con recelo mientras la sacude ligeramente.

—¿A mí? Nada —responde sin energía. Se le ha caído el alma a los pies. Entra de nuevo en la tienda y empieza a contar las canicas—. Desde luego, ¡este aprendiz de bonzo es de lo peor! Lo odio. De cara al público evita todo tipo de encontronazos, actúa como si fuera el paladín de la benevolencia, con esa carita de niño bueno que tiene. Pero por dentro es una persona totalmente diferente y de lo más farsante. Mi madre siempre dice que los que no se cortan ni un pelo y dicen todo lo que piensan tienen un corazón de oro, así que no es de extrañar que alguien tan escurridizo y farsante como Nobu sea en realidad tan mala persona. ¿Tú también lo crees así, Shōta?

Ante semejante perorata de descrédito, Shōta responde con cierta altanería y adoptando una actitud afectada típica de los adultos:

—En mi opinión, el chico del templo Ryūge al menos tiene conocimiento. Pero Chōkichi es ciertamente un caso perdido.

—¡Qué dialéctica, Shōta! No te pega nada hablar con esos aires de persona mayor. Estás hecho un graciosito, pero aún eres un niño. —Con el dedo, Midori pincha

una de las mejillas hinchadas del chico—. ¡Uy, qué cara tan seria pones! Tendrías que verte —dice, estallando en carcajadas.

—Tú ríete, pero dentro de poco yo también seré adulto. Y vestiré como tal. Como el amo del Kabata, con ese montón de mangas cuadradas y largas, o algo por el estilo. Me pondré el reloj de oro que mi abuela ha estado guardando con celo, encargaré que me forjen algún anillo y fumaré cigarrillos. Y de calzado, déjame pensar… A ver, a mí me gustan más las sandalias de cuero que las de madera; mis favoritas son las de triple suela, las de los cordeles de satén de la mejor calidad. ¿A que me quedarían bien?

Midori no puede evitar reír disimuladamente.

—¡Vaya pintas! Con lo bajito que eres, ¿y dices que quieres enfundarte en trajes de mangas largas y sandalias de cuero de tres suelas? ¡La ropa te irá enorme y las sandalias ni se te verán! Aunque sería algo digno de ver. ¡Te confundirán con un frasquito andante de medicina para los ojos! —Se burla Midori, poniendo más leña en el fuego.

—¡No digas tonterías! Huelga decir que, para entonces, ya habré crecido. ¿O qué te crees, que nunca pegaré el estirón? —Contraataca el chico con altivez.

—Bueno, pero a saber cuándo será eso —responde Midori. A continuación, señala al techo—. Mira, incluso ese ratoncito lo encuentra divertido.

Todos los presentes, incluida la mujer del propietario, estallan en carcajadas. El único que mantiene la compostura es Shōta. Posando su preciosa e intensa mirada en la joven, continúa:

—Parece ser que no te lo tomas en serio, Midori, pero te diré una cosa: en todo el mundo no hay ni una sola persona que no se convierta en adulto. ¿Qué tiene de raro lo que he dicho? Dime, venga. Algún día tomaré a una chica por esposa y me pasearé con ella por todo el barrio. Eso sí, a mí me gusta todo lo bello, así que mi esposa no podrá ser una excepción o no la aceptaré. Si es como O'Fuku, de la tienda de galletas saladas, cuyo rostro está picado por la viruela, o como la frontuda hija del comerciante de madera, las enviaré a tomar viento. En mi casa no entrarán, ya te lo digo. Las marcas de viruela y sarna me repugnan.

Ante semejante contundencia, la dependienta de la papelería no puede evitar chincharle, burlona:

—Pues Shōta, chico, no entiendo por qué sigues viniendo a mi tienda. ¿O acaso no ves las marcas de viruela de mi cara?

—No es lo mismo: usted ya es una señora mayor. ¡Yo hablaba de la mujer que se convertirá en mi esposa! Usted no me molesta.

—Vaya. Te ruego que disculpes mi confusión —Le responde la mujer para seguirle el juego y evitar que Shōta se ofenda—. Veamos, déjame pensar. Chicas de buen ver del barrio, ¿eh? Está O'Roku, de la floristería, o Kii, de la tienda de frutas. O quizás… quizás… Bueno, la verdad es que la más guapa de todas está sentada ahora mismo junto a ti. Dime, Shōta, ¿quién será la escogida? ¿O'Roku, con esos preciosos ojitos que tiene? ¿Kii, cuya sedosa voz puede entonar las baladas *kiyomoto*? ¿Quién será la afortunada? —Le acucia. Shōta enrojece.

—¿Tomar por esposa a alguien con las pintas de O'Roku o a esa tal Kii? ¿Se puede saber qué rayos le ve?

A fin de evitar mostrar su rubor, el chico se aleja del foco de luz del techo y se echa para atrás, hacia el tabique de madera.

—¿Eso significa que escogerías a Midori, pues?

La mujer ha dado en el clavo.

—¡¿Cómo voy a saberlo?! No chochee, ande.

Shōta les da la espalda y, de cara a la pared, marca el ritmo con el dedo mientras tararea una canción en voz baja: «Gira, molinillo, gira».

Por su parte, Midori ha empezado a reunir de nuevo las canicas.

—¡Venga! Volvamos a empezar.

Ella, por su parte, no se ha sonrojado nada de nada.

CAPÍTULO 12

Aunque no tiene por qué, cada vez que Nobu va a Tamachi sigue siempre el mismo camino que bordea el canal. Cuando lo recorre, no puede evitar fijar su atención en un portal sencillo, pero elegante. Al mirarlo con más detenimiento observa las linternas de piedra de Kurama, provenientes de Kioto, y un cerco de no mucha altura hecho a partir de ramitas de trébol que proporciona al edificio un aire de distinción y elegancia. Encima del corredor exterior que da al patio se entrevén, enrolladas, las esteras de bambú del verano, propiciando una sensación agradable. Al observar la casa una vez más no puede evitar rememorar un pasaje de *La historia de Genji*. Quién sabe si también aquí, más allá de las ventanas de papel y cristal, se encuentra la viuda de Azechi rezando una plegaria con el rosario; junto a ella quizás se encuentre la joven Waka-Murasaki, con su juvenil flequillo y su melena azabache cortada a la altura de los hombros. La casa en cuestión no es otra, sino la residencia del Daikokuya[34].

34 Higuchi Ichiyō muestra una vez más sus dotes literarias al hacer referencia a Murasaki Shikibu y a su obra más célebre, *La historia de Genji*.

No ha parado de llover desde el día anterior, pero aun así su madre no ha dudado en pedirle a Nobu que vaya hasta Tamachi para entregarle a su hermana la almilla que le había pedido. Como ya la ha terminado, quiere hacérsela llegar cuanto antes.

—Me sabe mal, pero ¿te importaría acercarte y dársela antes de ir a la escuela? Seguro que Hana la está esperando con ansias.

Nobu, que no sabe negarse a nada por culpa de su carácter apacible, acata el mandato de su madre con un simple: «Ya voy, ya voy».

Coge el fardo, se calza con las sandalias de madera de magnolia de cordones grises de algodón y, amparado por el paraguas, se pone en marcha.

Gira por la esquina del Foso de los Dientes Negros y, como de costumbre, recorre el sendero. Justo cuando se encuentra a la altura del Daikokuya, tiene tan mala suerte que una ráfaga de viento sopla de improviso con tanta intensidad que le gira de cabo a rabo las varillas del paraguas *daikoku*. Poco ha faltado para que el paraguas saliera volando hacia el cielo encapotado.

—¡Madre mía!…

Para contrarrestar el ímpetu del vendaval Nobu destina toda la fuerza que le queda hacia los pies para mantener el equilibrio y no sucumbir ante las ráfagas, pero el cordón de una de las sandalias se le rompe en el proceso (¡no tenía ni idea de que se pudiera romper tan fácilmente!). Sin sandalia, se encuentra en un apuro más serio que el de no tener paraguas. Al final ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Apurado, Nobu chasquea la lengua. Sin un plan mejor, decide guarecerse de la lluvia en el portal del Daikokuya. Deja el paraguas recostado en la pared y, cobijado bajo el alerón, intenta reparar el cordón. No obstante, un aprendiz de monje como él no está acostumbrado a este tipo de manualidades. «¿Cómo diantres va esto…?». Pero, por mucho que lo intente, no solo no consigue arreglarlo, sino que además empieza a sentirse nervioso. Impotente y avergonzado, se saca una hoja de caligrafía (la pretendía utilizar como borrador en clase) de la manga del kimono, desgarra un trozo del papel y la retuerce varias veces hasta que se forma un cordoncillo. Justo entonces, el travieso vendaval decide volver a la

carga y, de un potente embate, hace caer el paraguas que Nobu había colocado cuidadosamente en la pared; de un revuelo, lo aleja cada vez más y más.

—¡Maldito viento! —Lo increpa, exasperado.

Cuando Nobu alarga la mano para alcanzar y recuperar el paraguas, el fardo que se había colocado en el regazo resbala y cae al suelo con descuido. Por si fuera poco, el pañuelo se le ensucia de barro e incluso las mangas de su propio kimono terminan por quedar completamente enfangadas.

¡Pobre Nobu! Cualquiera que lo viera se apiadaría de él, con el kimono echado a perder y sin paraguas para cobijarlo. Encima, por culpa del cordón roto, se ha quedado sin sandalia.

Desde lejos, Midori observa a través de una ventana de cristal a la figura.

—¡Ostras! Afuera hay alguien a quien, al parecer, se le ha roto uno de los cordeles. ¿Le ofrezco un trocito de tela, mamá? —pregunta la joven. Acto seguido coge la caja de costura de uno de los cajones y extrae un pedazo

de tela de crepé de seda de *yūzen*. Impaciente, se calza las sandalias del jardín y aferra a toda prisa un paraguas de estilo occidental de la galería exterior. Saltando de piedra en piedra, Midori cruza el jardín con presteza hasta llegar al portal.

No obstante, se para en seco al reconocer al damnificado en cuestión. Los colores no tardan en subírsele y tal es su estupor, que, avergonzada, no puede evitar maldecir su suerte. Está tan sorprendida que el corazón le late a toda velocidad. «¿Nos ha visto alguien?». Midori no puede evitar dar una ojeada a su alrededor. Justo cuando se iba acercando de nuevo al portal —¡qué temor le infundía ahora!—, Nobu se gira de improvisto y la descubre. El joven también se ha quedado sin palabras y un sudor frío empieza a recorrerle el cuerpo. Incluso se le pasa por la mente la idea de salir corriendo descalzo.

Si fuera la Midori de siempre no perdería la oportunidad de burlarse de su rival, aprovechando que se encuentra en apuros. No tendría reparo alguno, tampoco, en prorrumpir en risotadas hasta quedarse saciada del todo. Tampoco se negaría el lujo de decirle cuatro cosas bien dichas:

«¿Cómo osaron venir a arruinarnos la fiesta la noche del festival? Con la excusa de vengarse de Shōta, Chōkichi molió a palos al pobre Sangorō, que no tenía la culpa de nada. Mientras tanto, tú, el instigador de todo, te mantuviste al margen mientras observabas desde tu pequeña atalaya. ¿No piensas pedir perdón? ¿Qué pasa, se te ha comido la lengua el gato? Hiciste que Chōkichi me tachara de ramera. Eso también fue idea tuya, ¿no? Bueno, ¿y qué tendría eso de malo? ¡Al menos yo no tendré que rebajarme nunca para pedirle favores a escoria como tú! Yo tengo a mi padre, a mi madre, al patrón del Daikokuya y a mi hermana para respaldarme. ¿Crees que te debo algo, asqueroso bonzo corrompido? No te atrevas a volver a llamarme ramera, ¿estamos? Si tienes algo que decirme, ¡me lo dices a la cara! Nada de cuchichear por la espalda. ¡A la cara! Y estate tranquilo, que entonces me las veré contigo siempre que quieras. ¡Vamos, habla!».

De ser la Midori de siempre, le hubiera agarrado la manga del kimono mientras le soltaba la perorata de un tirón. Nobu, abatido, no habría sido rival para ella.

No obstante, en lugar de eso, permanece oculta bajo la sombra de la entrada, tras la puerta corrediza enrejada.

Sin atreverse a darse la vuelta y regresar, la joven sigue de pie con el corazón en un puño, indecisa.

No es la Midori de siempre.

CAPÍTULO 13

Desde el preciso instante en el que sabe que se encuentra a las puertas del Daikokuya, Nobu, aterrado, hace todo lo posible para pasar de largo cuanto antes mejor. No se permite siquiera mirar alrededor. Pero por culpa de la inoportuna lluvia y de la traviesa ventolera se le ha roto uno de los cordones de la sandalia, de modo que, al borde del colapso y totalmente desquiciado, no le queda otra que intentar arreglarlo como buenamente pueda.

Ante semejante serie de infortunios no es de extrañar que a Nobu, desalentado y derrotado, se le haya caído el alma a los pies. Para empeorar la situación, justo en este instante oye el repiqueteo de unos pasos que, saltando de piedra en piedra desde el jardín, se apresuran hacia él. La certeza de saber que se trata de Midori, aun sin tener que girarse, aviva aún más el desasosiego que siente en su interior. A fin de no descubrir su tembleque de manos ni mostrar la palidez que delata su rostro, Nobu permanece de espaldas al portal, fingiendo estar sumergido en la reparación del cordel. Pero ahora mismo tiene la cabeza

en otro sitio y, por mucho que lo intenta, no es capaz de llevar a buen puerto su cometido.

De pie detrás del joven, Midori alarga el cuello para espiar los movimientos de Nobu.

«¿Pero qué hace? Será posible, ¡qué poca maña! No lo logrará jamás con esas manos tan torpes. Se ha atado el cordoncillo del revés, ¿que no lo ve? Y aunque consiga pasarlo por el agujero de paja, no le durará ni un suspiro. ¡Cuidado, que las mangas le están rozando el suelo y se le están ensuciando! ¡Y por si fuera poco el paraguas se le irá volando! ¿Qué diantres le cuesta dejarlo bien cerradito y de pie?».

Atormentada por la ineptitud de Nobu, a Midori se le empieza a agotar la paciencia, pero ni así es capaz de dirigirse a él y decirle: «Ten, aquí tienes un pedacito de tela. Átatelo con esto». En lugar de eso, continua en el mismo lugar exacto que instantes antes, totalmente inmóvil. Ni se ha percatado de que la lluvia le está mojando las mangas a ella también. Escondida detrás del portal y haciendo caso omiso al chaparrón, lo observa desde las sombras.

No obstante, ajena a la situación, su madre la llama desde casa:

—¡Midori! ¿Qué estás haciendo? Déjate de jueguecitos y vuelve dentro, anda… Con la que está cayendo y tú jugando en el jardín. ¿Acaso quieres volver a pillar un constipado como la otra vez?

—¡Ya voy! —responde la joven con voz alta y clara.

Avergonzada y consciente a la vez de que Nobu la ha oído, el corazón de la joven empieza a latir con fuerza y sus mejillas enrojecen. Permanece unos instantes más así, inmóvil e indecisa, incapaz de dar un paso y abrir el portal, como también de darle la espalda y abandonarlo a su suerte. Tras darle vueltas y más vueltas, Midori le lanza el pedacito de tela a través de las ranuras del enrejado sin mediar palabra. Nobu, por su parte, finge no haberlo visto. Su expresión denota una indiferencia total y absoluta.

«Por supuesto. No ha cambiado en absoluto», piensa la joven, dolorida. Sus ojos empiezan a reflejar el rechazo al que acaba de ser sometida y, con su rostro abnegado por la tristeza y el desconsuelo, unas lágrimas empiezan a formarse en su mirada.

«¿Por qué me aborrece tanto? ¿Por qué me mira con esa expresión de indiferencia? ¡Soy yo la que debería estar enfadada con él!». La exasperación que siente no tiene límites, pero su madre continúa reclamándola con insistencia y Midori se ve obligada, con el corazón en un puño, a dar un paso atrás, y otro, y otro… «¡Bah! ¿Qué más da?». Consciente de que si se queda ahí un instante más Nobu descubrirá el dolor reflejado en su rostro, Midori, avergonzada por sus dudas, da media vuelta y regresa hacia el interior de la residencia. El sonido de las suelas de sus sandalias al repiquetear con las piedras acompaña su partida.

Ahora sí, Nobu finalmente se vuelve con expresión triste. En el suelo, empapado por la lluvia, permanece tirado el precioso pedacito de tela de *yūzen* con un estampado de hojas de arce escarlatas. Se encuentra a escasos centímetros de él y, al observarlo, una sensación de calidez lo embriaga por dentro. Pero aun así se ve incapaz de recogerlo y se limita a observarlo con expresión ausente.

Al darse por vencido de pasar el cordoncillo por el agujero ante su palpable ineptitud, se saca uno de los

cordeles que le ataban la larga manga del chaquetón y se anuda la sandalia al pie. «A ver ahora…». No es una solución demasiado estética, precisamente. Sin mencionar lo incómodo que resulta: dar un simple paso le provoca esfuerzo. «¿Y de esta guisa tendré que ir hasta Tamachi?». El joven vuelve a perder la compostura, desmotivado, pero a sabiendas de que es su única vía de escape resuelve ponerse manos a la obra. Ya de pie y con el fardo bien recogido a un costado, se dispone a dar el segundo paso. Justo cuando empieza a alejarse del portal, su mirada vuelve a posarse en el trozo de tela escarlata de *yūzen*. El mero pensamiento de dejarlo abandonado le resulta insoportable, así que, finalmente, con el corazón en un puño, decide dar media vuelta con ademán de recogerlo.

No obstante, justo entonces, alguien se dirige a él de improviso.

—Nobu, ¿qué te ha pasado? ¿Se te ha roto el cordón de la sandalia? ¿Y qué pintas son esas? ¡Estás irreconocible, chico, y no es precisamente un halago!

Nobu se gira, sorprendido. ¡Pero si es el bribón de Chōkichi! Por su aspecto, parece que acabe de regresar

del distrito Yoshiwara. Encima del *yukata* de cotón viste un refinado kimono de algodón azul marino con rayas rojas y celestes, bien ceñido con un grueso *obi* ocre a la altura de la cadera, como ya es habitual en Chōkichi. El cuello, bastante grueso, es de seda negra proveniente de la isla de Hachijō. Encima del conjunto viste un *hanten* de mangas anchas nuevo. En el paraguas que llevaba está escrito el número y nombre de un burdel. Los zapatos son altos, de madera lacada, y por el brillo de la laca parece obvio pensar que los ha estrenado esa misma mañana. En definitiva, Chōkichi ofrece un aspecto impecable e irreconocible, y el aludido parece ser consciente de ello.

—Pues resulta que se me ha roto el cordón de la sandalia y estaba pensando qué hacer para arreglarlo —responde débilmente con voz lastimera—. Estas cosas se me dan fatal.

—Ni que lo digas. ¿Cómo vas a arreglarlo así? Anda, cálzate mis zapatos y vete. Mis cordones son fuertes y no te darán problemas —Le ofrece Chōkichi.

—Pero, entonces, ¿y tú qué harás? —dice Nobu.

—¡Por mí no te preocupes, que soy zorro viejo! —Mientras habla, Chōkichi se coge el faldón del conjunto sin perder tiempo, se lo arremanga y se lo mete por el dobladillo del *obi* para que no cuelgue, dejando al descubierto toda la parte de las rodillas para abajo. A continuación, se descalza—. ¡Mucho mejor! Qué alivio, chico.

—¿Cómo voy a dejarte que vayas sin calzado en mi lugar? —Insiste Nobu, contrariado.

—Te he dicho que no te preocupes.

—¿Cómo vas a ir descalzo por las calles de piedra con esas plantas de pie que tienes?

—¡Si son más blandas que las de un bebé!

—Anda, ponte mis sandalias —Lo apremia Chōkichi, haciendo gala otra vez de una inusual amabilidad. La gente considera al chico una calamidad sin remedio, pero lo cierto es que ver a este gentil Chōkichi mostrando tanta cordialidad y pronunciando palabras gentiles mientras mueve sus pobladas cejas arriba y abajo cómicamente (¡parecen dos orugas rebeldes!), es todo un espectáculo.

—Y por tus sandalias no te preocupes, que me las llevaré a tu casa. Si las dejo en tu cocina no tendrás ningún problema, ¿no? Venga, hagamos el cambiazo. —Insiste Chōkichi, tomando el mando de la situación. Con las manos recoge las sandalias, una de ellas rota—. Andando, Nobu. Nos vemos luego en la escuela, ¿vale?

Tras prometerle que así sería, Nobu pone rumbo a Tamachi para entregar el fardo a su hermana. Chōkichi, por su parte, se dirige de vuelta a casa. Delante del portal, el pedacito de crepé de *yūzen* escarlata permanece desamparado y sin dueño en el suelo, rociado por el llanto de las nubes.

CAPÍTULO 14

Este noviembre hay tres Festivales del Gallo. La lluvia ha pasado por agua el segundo, pero tanto en el primer festival como en el tercero ha brillado el sol durante todo el día. El ambiente es, pues, inmejorable. El santuario de Ōtori está a rebosar de gente y, bajo semejante pretexto, no son pocos los jóvenes que aprovechan para entrar en el recinto de Yoshiwara. Lo consiguen gracias a las puertas laterales de emergencia, que solo se abren en contadas ocasiones como la presente, y acuden en manada. El jolgorio y los gritos de júbilo retumban con tanta estridencia que me hace preguntar si los pilares del cielo o las legendarias cuerdas que sostienen el mundo lograrán aguantar el tercer día del festival sin desmoronarse.

Hoy la calle de Nakanochō está irreconocible por la gran afluencia de público proveniente de todos los rincones del barrio. Los jóvenes aprovechan que los puentes levadizos de Sumichō y Kyōmachi están bajados para infiltrarse. Incluso hay grupos de gente que intentan escabullirse gritando a pleno pulmón: «¡Abran paso, abran paso!», emulando sin duda alguna los cánticos que

profesan los barqueros del río para llevar a sus clientes de un lado a otro, tal es la riada de peregrinos que desborda Yoshiwara. Empezando por los chillidos para captar clientes de las cortesanas apostadas tras las celosías de los pequeños burdeles situados junto al canal hasta los cantos y las melodías del *shamisen* provenientes de los pisos superiores de las casas más lujosas, lo cierto es que para la mayoría de estos ocasionales visitantes esto supondrá un recuerdo inolvidable y de lo más emocionante. O esa es, al menos, la opinión generalizada.

Hoy, Shōta tiene permiso para hacer fiesta; no es necesario que vaya a recaudar. Primero se pasa por la tienda de boniatos de Sangorō para ver qué tal le va y, a continuación, va a ver a Zopenco, ese chico alto y de aspecto huraño de la tienda de dango.

—¿Cómo va el negocio? —pregunta Shōta mientras le da una ojeada a la sopa de judías rojas.

—¡Shō! Menos mal que has venido. Se nos ha acabado la pasta de judías dulces de *anko* y no sabemos qué hacer. ¡No nos queda nada más que ofrecer! Nos hemos puesto a cocer más judías, pero mientras tanto van llegando

clientes y no quiero dejarlos escapar. ¿Se te ocurre alguna solución? —le pregunta, presa del pánico.

—¿Eres cortito o qué te pasa? Usa toda la pasta que se ha quedado pegada a la olla, que así no le sacarás provecho. Mézclala con agua caliente y échale un poco de azúcar para endulzarla más. Así tendrás raciones para diez y hasta veinte personas. Todo el mundo lo hace, ¿qué te crees? No te preocupes, que no serán los únicos. Hoy no es un buen día para ponerse tiquismiquis con tus principios. Venga, ¡a vender, a vender, no pares!

Mientras va hablando, Shōta coge un tarro de azúcar y se lo acerca a Zopenco. Su madre, una mujer tuerta, observa a Shōta con expresión sorprendida.

—¡Caramba! Se nota que estás hecho para los negocios. Eres un pozo de sabiduría, chico —exclama la mujer, deshaciéndose en halagos—. ¡Das hasta miedo!

—¡Qué va! No es una invención mía; se lo acabo de ver hacer a Muecas, el de las callejuelas, cuando pasaba antes por su tienda. También se habían quedado sin pasta de judías y han usado el mismo truquito —responde con modestia Shōta. A continuación se dirige a su amigo—:

Por cierto, ¿has visto hoy a Midori? ¿Sabes dónde está? La estoy buscando desde primera hora de la mañana, pero no la encuentro. Por la papelería tampoco se ha pasado. Quizás esté en el recinto de Yoshiwara…

—¡Sí que la he visto! Ha pasado por delante de la tienda hace poco y ha entrado al recinto por el puente levadizo de Ageyamachi. ¡Tendrías que haberla visto, Shō! Hoy Midori lleva el pelo recogido así, al estilo *shimada* —explica el joven, gesticulando con las manos con movimientos extravagantes[35]—. Estaba preciosa —añade rascándose la nariz con algo de vergüenza.

—Midori es mucho más bonita que su hermana Ōmaki. Espero que no termine convirtiéndose en una *oiran*… —responde Shōta cabizbajo.

—¿Y qué habría de malo en ello? El año que viene pienso abrir una tienda de artículos estacionales y cuando consiga reunir suficiente dinero, iré directo a buscarla y pagaré para gozar de su entretenimiento.

35 El recogido *shimada* se hizo célebre gracias a las cortesanas de Shimada, aunque posteriormente fue adoptado por las hijas de familias ricas.

—No te des estos aires, anda. ¿Acaso te crees que lo permitiría? ¿Que no ves que si haces eso te pondría de patitas en la calle?

—¿Y eso por qué, eh?

—Y yo qué sé. Pero lo haría —replica Shōta mientras sus mejillas se sonrojan al tiempo que la comisura de los labios se curva en una sonrisa—. En fin, voy a dar una vuelta por ahí.

Shōta sale de la tienda sin esperar una respuesta. «Hasta los quince o dieciséis años la cuidan con esmero, como una mariposa, como una flor». Con voz trémula e incierta, entona el estribillo de una melodía en boga en el barrio. «Pero ahora que ya es adulta, solo el trabajo la envuelve». Mientras anda, el metal de las sandalias repiquetea, hasta que su pequeño cuerpo finalmente se pierde en medio del mar de gente.

Tras ser engullido por el gentío, Shōta se da cuenta de que se encuentra en una de las zonas del distrito de Yoshiwara. Justo al otro lado de la calle se percata de la presencia de una *shinzō*, O'Tsuma, la gerente de una de las casas de té, que, mientras habla con su acompañante,

camina hacia él. Es entonces cuando se da cuenta de que quien habla con ella no es otra que la mismísima Midori, del Daikokuya. Es ella, sin duda. Luce un magnífico recogido peinado al estilo *ōshimada*, tal como le ha contado Zopenco. Del recogido le cuelgan adornos varios que hacen el conjunto más vistoso aún: cascadas y ramilletes de flores, una peineta de carey, coloridos cordeles y horquillas... Sin lugar a dudas, es la primera vez que Shōta ve a Midori ataviada con tanto esmero y colorido. Podría confundirse perfectamente con una muñeca de Kioto. De la estupefacción, el joven se ha quedado plantado sin moverse ni pronunciar palabra alguna. Simplemente se dedica a observarla desde lejos, incapaz de salvar la distancia que los separa.

—¡Shōta! Me alegro de verte —exclama Midori al percatarse de la presencia del joven y echando a correr hacia él—. O'Tsuma, ya no es necesario que me acompañes más. Tenías que hacer unas compras, ¿no? Vete tranquila, que yo volveré con él hasta casa. Muchas gracias por hoy —dice, bajando ligeramente la cabeza en señal de despedida.

—¡Vaya, Midori, qué interesada! Ahora que has encontrado a tu amiguito ya no necesitas que te acompañe, ¿eh? Bueno, pues entonces me voy a hacer unos recados a Kyōmachi. —Dando pasitos cortos pero rápidos, O'Tsuma desaparece en una callejuela comercial.

Finalmente, Shōta sale de su estupor y coge una de las mangas de la chica para captar su atención.

—Te queda muy bien. ¿Cuándo te has hecho el peinado? ¿Esta mañana? ¿Ayer? ¿Por qué no viniste a enseñármelo? —la interroga el joven, fingiendo estar enfadado.

De repente, los ánimos de Midori caen por los suelos.

—Me ha peinado mi hermana. Esta mañana, en su habitación. —Parece que le cuesta un gran esfuerzo hablar—. Lo odio con todo mi ser.

Midori baja la cabeza, avergonzada por las miradas de la gente.

CAPÍTULO 15

Midori no lo aguanta más. Apresada por el bochorno, cohibida por una ingrata atención, sus propios pensamientos la atormentan. Tal es su retraimiento que hasta se toma los halagos de la gente como burlas personales. Para ella, todos los que se vuelven para elogiar su aspecto solo lo hacen para menospreciarla.

—Me vuelvo ya a casa, Shōta —manifiesta.

—¿Cómo? ¿Que no te apetece jugar hoy? ¿Te han reñido en casa? ¿Te has peleado con Ōmaki o algo? —Le pregunta él con inocencia. Al fin y al cabo, sigue siendo un niño.

Ante esas preguntas, el rostro de la joven enrojece. No sabe qué contestarle. Para acabar de empeorar la situación, justo entonces pasan por delante de la confitería de dango. Zopenco, cuando los ve, grita a pleno pulmón:

—¡Pero qué bien avenidos se les ve!

Ante la broma del chico, el rostro de Midori se contrae mientras intenta reprimir el llanto.

—Shōta, no quiero que me acompañes —Suelta de repente. Acto seguido echa a andar con la firme intención de dejar atrás a su amigo.

Shōta se ha quedado atónito. Ha sido ella quien le ha dicho que fueran juntos al santuario de Ōtori y ahora, en vez de eso, sus pasos han cambiado de ruta y se dirigen de vuelta a casa. ¡Y a toda prisa!

—¿Ya no quieres ir conmigo al santuario? ¿Por qué quieres irte así, sin más? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

A pesar de los esfuerzos de Shōta, Midori no aminora el paso y permanece callada. Al final, a Shōta, que por mucho que lo intente no entiende nada, se le acaba la paciencia y le da alcance. La agarra de la manga y la mira con extrañeza. La chica está sonrojadísima.

—No me pasa nada —responde, aunque por el tono de voz Shōta sabe que no le dice la verdad.

Al llegar al Daikokuya, Midori pasa por debajo de la portezuela de la entrada seguida de Shōta, que como acude con frecuencia a jugar a casa de la chica no duda en entrar sin pedir permiso. La sigue hasta el corredor exterior de la galería y de un paso entra en silencio a la casa.

—¡Oh, hola, Shōta! —La madre de Midori acaba de verlos entrar—. Qué contenta estoy de que hayas venido. Tenemos a Midori de mal humor desde esta mañana, y ya no sabemos qué hacer. Juega un ratito con ella, anda, a ver si así se le pasa.

Shōta se endereza y pregunta con una seriedad nada normal en un joven de su edad:

—¿Acaso se encuentra mal? —inquiere con formalidad, preocupado.

—No, no —responde la mujer con una sonrisa enigmática—. Se le pasará de aquí a unos días. En un abrir y cerrar de ojos volverá a ser la chica consentida de siempre. Anda que… ¡Mira que pelearse hasta con sus amigos! A veces esta señorita me agota la paciencia, de

verdad —musita, dándose la vuelta para regresar a sus tareas.

Mientras tanto, y sin que nadie se percatara, Midori se ha ido a una pequeña salita con tatami. Ha sacado un futón y una bata de noche de tela acolchada y, tras desatarse el *obi* y quitarse la bata exterior del kimono tirándolo al suelo sin miramientos, se tiende boca abajo encima del futón y se tapa con la bata hasta arriba sin pronunciar palabra.

Shōta se aproxima poco a poco hasta el cojín, con miedo a hacerla enfadar más, si cabe.

—Midori, ¿qué te ocurre? ¿Estás enferma? ¿Te encuentras mal? ¿Se puede saber por qué estás así? —Le pregunta de nuevo, presa de la preocupación e intentando no acercarse más de la cuenta.

El chico permanece erguido, con las manos apretando fuertemente las rodillas. Pero Midori sigue sin decir nada. Esconde la vista detrás de las mangas de la bata de noche a fin de ocultar las lágrimas que le recorren las mejillas y que empañan su flequillo, aún demasiado corto como para peinárselo hacia atrás, tal como exige el estilo

ōshimada. Es obvio que algo atormenta a su amiga, pero el corazón aún inocente e infantil de Shōta no es capaz de formular palabras de consuelo. Al final, la preocupación se vuelve impotencia:

—¿Me puedes decir qué te pasa de una vez, Midori? No he hecho nada que pudiera enfadarte. Así que, dime, ¿por qué te portas así conmigo? ¿Qué te he hecho yo? —Le espeta, dolido, sin quitarle los ojos de encima. Está completamente perdido.

Midori se seca las lágrimas.

—No estoy enfadada, Shōta.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Ante la pregunta, Midori vuelve a sentirse presa del pudor. ¿Cómo explicárselo? La situación es más complicada de lo que parece. Por mucho que quiera, no puede decirle qué es lo que le preocupa, o lo que la ha cohibido antes, en la calle. Permanece, pues, en silencio; por mucho que quiera, no encuentra las palabras para sincerarse ni con Shōta ni con nadie. Al pensar de nuevo en el detonante de su congoja, el rubor vuelve a posarse en

sus mejillas. Y si le preguntan qué le pasa, ni ella misma sabe qué responderle. No es algo que pueda definirse con palabras, es un sentimiento que, gradualmente, está haciéndole sentir cada vez más intranquila e insegura. Son tantas cosas juntas, tantos sentimientos contrariados impensables para la Midori de un día atrás… Es incapaz de confesárselo a nadie. Si pudiera, se encerraría en un cuarto oscuro para así no tener que ver ni hablar con nadie. Nadie se le quedaría mirando. Estaría sola, y podría hacer lo que se le antojara. Podría desahogarse sin tener que preocuparse por las miradas de la gente ni los comentarios jactanciosos.

«Quiero poder seguir jugando a las casitas con mis muñecas. Eso sí que me subiría los ánimos… ¡No quiero hacerme mayor, no me da la gana! ¡No, no y no! ¿Por qué diantres tengo que crecer, eh? Quiero retroceder en el tiempo… Siete meses, diez meses, un año, ¡me da igual!». Pensando en estas cosas, cualquiera la tomaría por una señora mayor. Tan enfrascada está en sus pensamientos que, de hecho, casi se le ha olvidado que Shōta sigue a su lado. Cuando el joven vuelve a presionarla para que le cuente lo que le sucede, Midori lo corta en seco. Ya no puede más.

—Vete a casa, Shōta. Te lo pido por favor. Soy mayor que tú y tienes que hacerme caso; vete a casa. ¡Haz lo que te digo! Si te quedas más rato aquí, me muero, ¿lo entiendes? Cuanto más me hablas, más me duele la cabeza, y cuantas más cosas me preguntas, más me mareo. ¡No quiero que nadie se acerque a mí! ¡Nadie! Ni tú, Shōta. Así que vete a casa, por favor.

Es la primera vez que la joven se comporta con tanta crueldad. Shōta, sin entender nada, tiene la sensación de estar caminando entre una neblina espesa.

—No pareces tú, Midori, no sé qué te pasa hoy conmigo. ¿Cómo puedes decirme estas cosas? No hay quien te entienda —responde sin perder la calma, dejando traslucir un fingido tono de reprimenda mientras que, al mismo tiempo, contiene el dolor real que se afana por materializarse en forma de lágrimas de desconsuelo. Pero, por desgracia, Midori no está en condiciones de darse cuenta del efecto que han tenido sus palabras en el chico.

—¡Vete, vete de una vez! ¡Si no te vas ya, dejaré de ser tu amiga para siempre! ¡Te odio, Shōta!

Ante el tono de aborrecimiento de la joven, Shōta finalmente claudica.

—Si esto es lo que quieres, perfecto, me voy. Te ruego que disculpes mi entrometimiento. —Shōta se alza de un salto y, sin siquiera despedirse de la madre de Midori, que justo en ese momento estaba tomando la temperatura del agua del baño, se precipita al jardín y sale corriendo hacia la calle.

CAPÍTULO 16

Sangorō corre en línea recta mientras se abre camino y se pierde entre la multitud. Poco después, entra con ímpetu en la papelería. Por el repiqueteo de las monedas que lleva en el bolsillo parece ser que la venta de broquetas del tenderete ha ido como la seda. Va acompañado de sus hermanos y hermanas pequeños.

—¡Compren todo lo que quieran, no se corten! —exclama lleno de júbilo. ¡Por fin puede hacer de hermano mayor! Se le nota muy complacido consigo mismo.

Justo entonces Shōta entra en la tienda. Parece ser que ha venido corriendo.

—¡Hola, Shōta! Te estaba buscando. ¿Sabes qué? Hoy nos ha ido muy bien en el tenderete y he conseguido un buen puñado de monedas, así que pensaba regalarte algo.

—¿Pero qué sandeces dices? ¡No seas imbécil! ¿Cómo vas a regalarme algo tú a mí? ¡No seas impertinente!

¿Quién te has creído que eres, eh? —Desde luego, esa acritud no es nada típica de Shōta. Pero su semblante cambia de repente. Parece abatido—. Lo siento. No es momento para esto.

—¿Qué ha pasado? Dime. ¿Otra pelea? —Lo interroga Sangorō guardando a toda prisa un panecito de judías dulces de *anko* en el bolsillo—. ¿Con quién? ¿Con el bonzo de Ryūge? ¿O contra Chōkichi? ¿Dónde ha pasado, dentro del recinto de Yoshiwara o delante del santuario de Ōtori? Ya verás, Shōta, esta vez no pasará como el día del festival de Senzoku en verano. A no ser que me vuelvan a pillar por sorpresa como la otra vez, a mí nadie me gana. Déjamelo a mí, yo me encargaré de ellos. Tú quédate detrás de mí durante la pelea y mantén la cabeza fría. —Parece ser que quien ha perdido la cabeza es el mismo Sangorō, que ya espera a pies juntillas el momento para rendir cuentas.

—Que no es eso. No te embales. No hay ninguna pelea. —Se limita a responder. No es capaz de explicarle lo que le acaba de pasar.

—¿Ah, no? Por las prisas y el aspecto que tenías cuando has entrado a la tienda hecho una furia he

pensado al instante que sería eso… Pero es que tú no lo sabes, Shōta. Tiene que ser esta noche o nunca. Chōkichi se va a quedar sin su querido brazo derecho.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te refieres a Fujimoto Nobu? —pregunta Shōta.

—Vaya, ¿no te has enterado? Yo lo acabo de oír justo ahora. La mujer del bonzo del templo de Ryūge le ha dicho a mi padre que dentro de poco Nobu ingresará en alguna escuela budista para bonzos de no sé dónde. Cuando se pase al hábito se le habrán acabado las trifulcas para siempre. Aunque me gustaría verlo intentando arremangarse esas mangas de tela fina que le llegarán hasta el suelo. ¡Todo un espectáculo! Así que, tal y como están las cosas, el año que viene serás el dueño y señor tanto de la calle principal como de las callejuelas, Shōta. —Finaliza Sangorō, lisonjero.

—No me hagas la pelota, anda. Seguro que si te ofrecieran dos míseros sen te pasarías a la banda de las callejuelas de Chōkichi, ¿me equivoco? Aunque tuviera cien amigos más como tú, ¡no los querría para nada! Eres libre de irte con quien quieras, que no te necesito. Me basto y me sobro yo solito para encararme con Fujimoto.

Pero ¿qué es esta historia? ¿Dices que se va? ¡Con las ganas que le tenía! ¿Así que lo mandan lejos a estudiar? ¡Qué rabia…! Tenía entendido que se largaría el año que viene después de graduarse. Me pregunto a qué vendrá tanta prisa por irse —Shōta chasquea la lengua, furioso e impotente—. ¡Qué rabia me da! ¡Bonzo de pacotilla!

En el fondo, todo esto le importa más bien poco. La frialdad y hostilidad de Midori siguen haciendo mella en su interior y su cabeza no deja de darle vueltas a la discusión que acaban de tener. Incluso se le han pasado las ganas de tararear y cantar, como suele hacer siempre. Shōta se siente tan desanimado que ni el bullicio del gentío consigue mejorarle los ánimos. ¿Cómo ha podido terminar de semejante modo el Festival del Gallo? ¿Cómo han llegado a esta situación? No puede quitarse a Midori de la cabeza.

Cuando cae la noche y los fanales iluminan las calles, decide irse de la papelería. Nadie más lo ha visto desde entonces.

Desde aquel día, Midori ha cambiado completamente. Parece una persona diferente. Cuando su hermana la manda llamar acude sin falta a su encuentro en Yoshiwara,

pero aparte de esto ya casi no sale de casa, ni mucho menos para salir a jugar a la calle. Sus compañeros, que la echan de menos, siempre le insisten para que salga un rato con ellos, pero Midori siempre se los quita de encima con falsas promesas una y otra vez:

—A la próxima, ¿vale?

Incluso se ha distanciado de Shōta, con lo buenos amigos que eran. La nueva Midori no tiene nada que ver con la anterior: se sonroja por todo y adopta siempre una actitud pudorosa; no reconocerías a la chica que, no hace mucho, bailaba con desparpajo en la papelería. Parece ser que esa época ya es agua pasada. La gente que la conocía se muestra inquieta y preocupada por la joven: ¿acaso estará enferma? Pero su madre los tranquiliza a todos.

—Dentro de poco volverá a ser el torbellino de antes, no se preocupen. —Sonríe—. Es algo puntual, se le pasará.

Lejos de conocer el motivo de ese cambio súbito, la gente, sorprendida al principio, empieza a opinar:

—Pues a mí me gusta más así. Ahora se ha vuelto más femenina, más calmada y madura —La alaban unas voces.

—¡Con lo alegre y dicharachera que era! Qué lástima… —Se compungen otras.

La calle principal se ha vuelto gris y monótona, como si sus luces se hubieran apagado. Ya casi no se oye, si no es de vez en cuando, la melodiosa voz de Shōta. Con el fanal en una mano, se le puede ver noche tras noche: una triste sombra que camina por la ribera mientras hace la ruta de la colecta, acechado por el frío. De vez en cuando, Sangorō lo acompaña y le hace compañía con sus habituales payasadas.

En lo que respecta al rumor que circula sobre Nobu del templo Ryūge y su casi inminente ingreso en una escuela budista, aún no ha llegado a oídos de Midori. Ha encerrado bajo llave todo su orgullo y testarudez. En su interior ahora guarda un cúmulo de sentimientos y sensaciones desconocidos con los que no sabe cómo lidiar; no sin extrañeza, le cuesta trabajo reconocerse a sí misma estos días. Se ha vuelto una joven vergonzosa y tímida.

Una mañana escarchada de invierno, alguien deja en el suelo un narciso de papel en la entrada de su casa, pasándolo entre las rejillas de la celosía del portal. No tiene ni idea de quién lo habrá dejado allí, pero aun así, sin saber por qué, Midori le coge cariño al instante. Lo pone en un florero que coloca encima de una de las estanterías. Al admirarlo, siente una punzada en el corazón: esa flor parece tan solitaria y, a la vez, tan pura…

Es precisamente ese el día en el que la noticia llega al fin a oídos de Midori: Nobu ingresará en la escuela budista, donde el color de sus ropajes se teñirán de negro azabache justo a la mañana siguiente.

“A partir de la mañana siguiente al festival, Midori no vuelve a reaparecer por la escuela...

Colección
Lima Lee

